

**LEON
TROTSKY**

Nº4



**TEXTOS SOBRE
LA
REVOLUCION PERMANENTE**

Cuadernos de

COMUNISMO

Introducción

El presente libro está consagrado a un problema estrechamente relacionado con la historia de las tres revoluciones rusas, pero no atañe exclusivamente a ellas. Es un problema que durante estos últimos años ha desempeñado un papel inmenso en la lucha interna del Partido Comunista de la Unión Soviética, que ha sido luego trasplantado a la Internacional Comunista, que ha tenido decisiva importancia en el desarrollo de la revolución china y que ha provocado una serie de resoluciones de importancia primordial respecto a los problemas relacionados con la lucha revolucionaria en los países de Oriente. Me refiero a la teoría que se ha llamado de la « revolución permanente », y que, según la doctrina de los epígonos del leninismo (Stalin, Zinoviev, Bujarin y otros), constituye el pecado original del « trotsquismo ».

Después de una gran pausa, y de un modo a primera vista completamente inesperado, el porvenir de la revolución permanente fue planteado en 1924. No había motivos políticos para ello: se trataba de divergencias que se referían a un pasado ya lejano. Pero los motivos de orden psicológico eran considerables.

El grupo de los llamados « viejos bolcheviques », que rompió el fuego contra mí, se atrincheraba principalmente en ese título. Pero el año 1917 constituyó un gran obstáculo en su camino. Por importante que fuera, la historia precedente de lucha ideológica y de preparación vióse sometida a una prueba suprema e inapelable en la Revolución de Octubre, no sólo por lo que se refiere al partido en su conjunto, sino también a las personalidades aisladas. *Y ninguno de los epígonos la resistió.* Todos ellos, sin excepción, adoptaron, al estallar la Revolución de Febrero de 1917, una posición de izquierda democrática. Ninguno defendió la consigna de la lucha del proletariado por el poder. Todos ellos consideraban el hecho de poner proa hacia la revolución socialista como un absurdo, o peor aún, como un pecado « trotsquista ». En este espíritu se inspiraron los dirigentes del partido antes de que llegase Lenin del extranjero y saliesen a luz sus famosas tesis del 4 de abril. Después de esto, Kaménev, ya en lucha franca con Lenin, intenta formar abiertamente un ala democrática dentro del partido. Más tarde, se une a él Zinoviev, que había llegado con Lenin de la emigración. Stalin, gravemente comprometido por su posición socialpatriótica, se pone al margen, a fin de que el partido olvide sus

semanas decisivas de marzo, y, poco a poco, va colocándose en el punto de vista de Lenin. Esto nos sugiere una pregunta: ¿Qué habían aprendido del leninismo esos dirigentes, esos « viejos bolcheviques », si ni uno sólo demostraba capacidad para aplicar por su cuenta la experiencia teórica y práctica del partido, en el momento histórico más importante y de mayor responsabilidad? Era preciso esquivar a toda costa esta cuestión, sustituyéndola por otra. Con este fin decidióse abrir el fuego contra la teoría de la revolución permanente. Mis adversarios no previeron —cosa muy natural— que, al crear un eje artificial de la lucha, se moverían alrededor del mismo, sin darse cuenta de ello, creando para sí, por el método inverso, una nueva concepción.

En sus rasgos fundamentales, la teoría de la revolución permanente fue formulada por mí antes ya de los acontecimientos decisivos de 1905.

Rusia avanzaba hacia la revolución burguesa. En las filas de la socialdemocracia —entonces, todos nos llamábamos socialdemócratas— nadie dudaba de que la revolución que se acercaba era precisamente *burguesa*; es decir, una revolución engendrada por la contradicción entre el desarrollo adquirido por las fuerzas productoras de la sociedad capitalista y las condiciones políticas y de casta semif feudales y medievales ya caducas. En la lucha sostenida por aquel entonces contra los populistas y los anarquistas, tuve ocasión de explicar, en no pocos discursos y artículos, de acuerdo con el marxismo, el carácter burgués de la revolución que se avecinaba.

Pero el carácter burgués de la revolución no prejuzgaba qué clases habrían de realizar los fines de la revolución democrática y qué relación guardarían entre sí. En este punto era precisamente donde empezaban los problemas estratégicos fundamentales.

Plejánov, Axelrod, la Sasulich, Márto, y con ellos, todos los mencheviques rusos, partían del punto de vista de que, en la revolución burguesa inminente, el papel directivo sólo podía pertenecer a la burguesía liberal, en su condición de pretendiente natural al poder. Según este esquema, al proletariado no le correspondía más papel que el de ala izquierda del frente democrático: la socialdemocracia debería apoyar a la burguesía liberal contra la reacción, y, al mismo tiempo, defender los intereses del proletariado contra la propia burguesía.

En otros términos, los mencheviques concebían la revolución burguesa principalmente como una reforma de tipo liberal-constitucional.

Lenin planteaba la cuestión en términos completamente distintos. Para él, la emancipación de las fuerzas productivas de la sociedad burguesa de los cepos en que las tenía aprisionadas el régimen actual significaba ante todo la solución del problema

agrario, con la liquidación completa de la clase de los grandes hacendados y la transformación revolucionaria de la propiedad de la tierra. Con esto, estaba íntimamente ligada la destrucción de la monarquía. Lenin planteó con una audacia verdaderamente revolucionaria el problema agrario, que tocaba a los intereses vitales de la inmensa mayoría de la población, y condicionaba al mismo tiempo el problema del mercado capitalista. Como la burguesía liberal, hostil a los obreros, está unida por numerosos lazos a la gran propiedad agraria, la verdadera emancipación democrática de los campesinos sólo podía realizarse, lógicamente, por medio de la unión revolucionaria de los campesinos y los obreros, y, según Lenin, el alzamiento conjunto de ambos contra la vieja sociedad conduciría, caso de triunfar, a la instauración de la «dictadura democrática de los obreros y campesinos».

En la Internacional Comunista se repite actualmente esta fórmula como una especie de dogma superhistórico, sin intentar siquiera analizar la experiencia histórica viva del último cuarto de siglo, como si todos nosotros no hubiéramos sido testigos y actores de la Revolución de 1905, de la de Febrero de 1917 y, finalmente, de la de Octubre. Y este análisis histórico es tanto más necesario cuanto que la historia no nos ofrece ejemplos de un régimen semejante de «dictadura democrática de los obreros y campesinos».

En 1905, la tesis de Lenin tenía el carácter de una hipótesis estratégica, que necesitaba ser contrastada por la marcha y los derroteros de la lucha de clases en la realidad.

La fórmula de la «dictadura democrática de los obreros y campesinos» tenía deliberadamente, en gran parte, carácter algebraico.

Lenin no prejuizaba la cuestión de cuáles serían las relaciones políticas que hubieran de establecerse entre los partícipes de la supuesta dictadura democrática, esto es, el proletariado y los campesinos. No excluía la posibilidad de que éstos estuvieran representados en la revolución por un partido que fuera independiente en dos respectos, a saber: frente a la burguesía y frente al propio proletariado, y que fuese, al mismo tiempo, capaz de llevar adelante la revolución democrática en contra de la burguesía liberal y aliado al partido del proletariado. Más aún: Lenin admitía, como veremos más adelante, la posibilidad de que el partido de los campesinos revolucionarios obtuviera la mayoría en un gobierno de dictadura democrática.

En cuanto al problema de la importancia decisiva que había de tener la revolución agraria en los destinos de la revolución burguesa, yo profesé siempre, al menos desde octubre de 1902, esto es, desde mi primer viaje al extranjero, la doctrina de Lenin.

—era discutible— digna de ser discutida.

durante estos últimos años han difundido versiones absurdas sobre este particular— que la revolución agraria, y, por consiguiente, la democrática en general, sólo podía realizarse contra la burguesía liberal por las fuerzas mancomunadas de los obreros y los campesinos. Pero yo pronunciaba contra la fórmula «dictadura democrática del proletariado y de los campesinos», por entender que tenía un defecto, y era dejar en pie la cuestión de saber a qué clase correspondería, en la práctica, la dictadura. Intenté demostrar que los campesinos, a pesar del inmenso peso social y revolucionario de esta clase, no eran capaces ni de crear un partido verdaderamente revolucionario ni, con mayor motivo, de concentrar el poder revolucionario en manos de ese partido. Del mismo modo que en las antiguas revoluciones, empezando por el movimiento alemán de la Reforma, en el siglo XVI, y aún antes, los campesinos, en sus levantamientos, apoyaban a una de las fracciones de la burguesía urbana, decidiendo muchas veces la victoria, en nuestra revolución burguesa retrasada, podrían prestar un sostén análogo al proletariado y ayudarle a llegar al poder, dando el empuje máximo a su lucha. Nuestra revolución burguesa —decía yo como conclusión— sólo puede cumplir radicalmente su misión siempre y cuando el proletariado, respaldado por el apoyo de los millones de campesinos, consiga concentrar en sus manos la dictadura revolucionaria.

¿Cuál había de ser el contenido social de dicha dictadura? En primer lugar, implantaría en términos radicales la revolución agraria y la transformación democrática del Estado. En otras palabras, la dictadura del proletariado se convertiría en el instrumento para la realización de los fines de una revolución burguesa históricamente retrasada. Pero las cosas no podían quedar aquí. Al llegar al poder, el proletariado veríase obligado a hacer cortes cada vez más profundos en el derecho de propiedad privada, abrazando con ello las reivindicaciones de carácter socialista.

—Pero, ¿es que considera usted que Rusia está bastante madura para una revolución socialista? —me objetaron docenas de veces Stalin, Ríkov y todos los Mólotovs por el estilo, allá por los años 1905 a 1917.

Y yo les contestaba invariablemente:

—No, pero sí lo está, y bien en sazón, la economía mundial en su conjunto y, sobre todo, la europea. El que la dictadura del proletariado implantada en Rusia lleve o no al socialismo —¿con qué ritmo y a través de qué etapas?—, depende de la marcha ulterior del capitalismo en Europa y en el mundo.

He ahí los rasgos fundamentales de la teoría de la revolución permanente, tal y como surgió en los primeros meses del año 1905.

tariado ruso subió al poder empujado por la potente oleada del levantamiento campesino. Y la dictadura del proletariado fue un hecho en Rusia antes que en ningún otro de los países incomparablemente más desarrollados. En 1924, esto es, siete años después de que la predicción histórica de la teoría de la revolución permanente se viese confirmada con una fuerza verdaderamente excepcional, los epígonos emprendían una furiosa campaña contra esa teoría, sacando a relucir artificialmente frases sueltas y réplicas polémicas de mis viejos trabajos, de que yo casi ni me acordaba.

No será inoportuno recordar aquí que la primera revolución rusa estalló más de medio siglo después de la racha de revoluciones burguesas que sacudieron a Europa, y treinta y cinco años después del episódico alzamiento de la Commune, de París. Europa había perdido ya la costumbre de las revoluciones. Rusia no la había conocido. Planteábasele con carácter de novedad todos los problemas de la revolución.

No será difícil comprender toda la serie de factores incógnitos e hipotéticos que en aquel entonces encerraba para nosotros la revolución futura. Hace falta tener una absoluta incapacidad para la predicción histórica y una incompreensión completa de sus métodos, para pararse a examinar ahora análisis y apreciaciones de 1905, como si hubieran sido escritos ayer. Estoy harto de decirlo a mis amigos: no me cabe la menor duda de que en mis predicciones de 1905 había grandes lagunas, que ahora no es difícil llenar. ¿Pero es que mis críticos veían entonces mejor o más allá?

Como no había releído hacía mucho tiempo mis viejos trabajos, estaba de antemano dispuesto a conceder a las lagunas de los mismos más importancia de la que en realidad tenían. Me convencí de ello en 1928, durante mi destierro en Alma-Ata. cuando el ocio político forzado me dió la posibilidad de releer, lápiz en mano, mis antiguos trabajos sobre la revolución permanente. Confío en que el lector adquirirá asimismo la convicción absoluta de ello en las páginas siguientes.

Pero antes, es necesario que demos en esta introducción una característica, lo más precisa que nos sea posible, de los elementos que integran la teoría de la revolución permanente y de las principales objeciones suscitadas contra la misma. El debate ha adquirido una extensión y una profundidad tales, que abraza, en síntesis, los problemas más importantes del movimiento revolucionario internacional.

La revolución permanente, en el sentido que Marx daba a esta idea, quiere decir una revolución que no se aviene a ninguna de las formas de predominio de clase, que no se detiene en la etapa democrática y pasa a las reivindicaciones de carácter

socialista, abriendo la guerra fría contra la reacción, una

no puede terminar más que con la liquidación completa de la sociedad de clases.

Con el fin de disipar el caos que cerca la teoría de la revolución permanente, es necesario que separemos las tres series de ideas aglutinadas en dicha teoría.

En primer lugar, ésta encierra el problema del tránsito de la revolución democrática a la socialista. No es otro, en el fondo, el origen histórico de la teoría.

La idea de la revolución permanente fue formulada por los grandes comunistas de mediados del siglo XXI, por Marx y sus adeptos, por oposición a la ideología democrática, la cual, como es sabido, pretende que con la instauración de un Estado « racional » o democrático, no hay ningún problema que no pueda ser resuelto por la vía pacífica, reformista o progresiva. Marx consideraba la revolución burguesa de 1848 únicamente como un prelude de la revolución proletaria. Y, aunque « se equivocó », su error fue un simple error de aplicación, no metodológico. La revolución de 1848 no se trocó en socialista. Pero precisamente por ello no condujo a la democracia. En cuanto a la revolución alemana de 1918, es evidente que no fue el coronamiento democrático de la revolución burguesa, sino la revolución proletaria decapitada por la socialdemocracia, o, por decirlo con más precisión: una contrarrevolución burguesa obligada por las circunstancias a revestir, después de la victoria obtenida sobre el proletariado, formasseudodemocráticas.

El « marxismo » vulgar se creó un esquema de la evolución histórica según el cual toda sociedad burguesa conquista tarde o temprano un régimen democrático, a la sombra del cual el proletariado, aprovechándose de las condiciones creadas por la democracia, se organiza y educa poco a poco para el socialismo. Sin embargo, el tránsito al socialismo no era concebido por todos de un modo idéntico: los reformistas sinceros (tipo Jaurés) se lo representaban como una especie de fundación reformista de la democracia con simientes socialistas. Los revolucionarios formales (Guesde) reconocían que en el tránsito al socialismo sería inevitable aplicar la violencia revolucionaria. Pero tanto unos como otros consideraban a la democracia y al socialismo, en todos los pueblos, como dos etapas de la evolución de la sociedad no sólo independientes, sino lejanas una de otra.

Era la misma idea dominante entre los marxistas rusos, que hacia 1905 formaban casi todos en el ala izquierda de la Segunda Internacional. Plejánov, el brillante fundador del marxismo ruso, tenía por un delirio la idea de implantar en Rusia la dictadura del proletariado. En el mismo punto de vista se colocaban no sólo los mencheviques, sino también la inmensa mayoría de los dirigentes bolcheviques, y muy especialmente todos los que hoy se hallan a la cabeza del partido sin excep-

decididos para quienes los problemas de la revolución socialista, y no sólo en 1905, sino en vísperas de 1917, sonaban como la música vaga de un porvenir muy remoto.

La teoría de la revolución permanente, resucitada en 1905, declaró la guerra a estas ideas, demostrando que los objetivos democráticos de las naciones burguesas atrasadas, conducían, en nuestra época, a la dictadura del proletariado, y que ésta ponía a la orden del día las reivindicaciones socialistas. En esto consistía la idea central de la teoría.

Si la opinión tradicional sostenía que el camino de la dictadura del proletariado pasaba por un prolongado período de democracia, la teoría de la revolución permanente venía a proclamar que, en los países atrasados, el camino de la democracia pasaba por la dictadura del proletariado. Con ello, la democracia dejaba de ser un régimen de valor intrínseco para varias décadas y se convertía en el prelude inmediato de la revolución socialista, unidas ambas por un nexo continuo. Entre la revolución democrática y la transformación socialista de la sociedad se establecía, por lo tanto, un ritmo revolucionario permanente.

El segundo aspecto de la teoría caracteriza ya a la revolución socialista como tal. A lo largo de un período de duración indefinida y de una lucha interna constante, van transformándose todas las relaciones sociales. La sociedad sufre un proceso de metamorfosis. Y en este proceso de transformación cada nueva etapa es consecuencia directa de la anterior. Este proceso conserva forzosamente un carácter político, o lo que es lo mismo, se desenvuelve a través del choque de los distintos grupos de la sociedad en transformación. A las explosiones de la guerra civil y de las guerras exteriores suceden los períodos de reformas « pacíficas ». Las revoluciones de la economía, de la técnica, de la ciencia, de la familia, de las costumbres, se desenvuelven en una compleja acción recíproca que no permite a la sociedad alcanzar el equilibrio. En esto consiste el carácter permanente de la revolución socialista como tal.

El carácter internacional de la revolución socialista, que constituye el tercer aspecto de la teoría de la revolución permanente, es consecuencia inevitable del estado actual de la economía y de la estructura social de la humanidad. El internacionalismo no es un principio abstracto, sino únicamente un reflejo teórico y político del carácter mundial de la economía, del desarrollo mundial de las fuerzas productivas y del alcance mundial de la lucha de clases. La revolución socialista empieza dentro de las fronteras nacionales; pero no puede contenerse en ellas. La contención de la revolución proletaria dentro de un territorio nacional no puede ser más que un régimen transitorio, aunque

paralelamente a los éxitos. De continuar aislado, el Estado proletario caería, más tarde o más temprano, víctima de dichas contradicciones. Su salvación está únicamente en hacer que triunfe el proletariado en los países más progresivos. Considerada desde este punto de vista, la revolución socialista implantada en un país no es un fin en sí, sino únicamente un eslabón de la cadena internacional. La revolución internacional representa de suyo, pese a todos los reflujos temporales, un proceso permanente.

Los ataques de los épígonos van dirigidos, aunque no con igual claridad, contra los tres aspectos de la teoría de la revolución permanente. Y no podía ser de otro modo, puesto que se trata de partes inseparables de un todo. Los epígonos separan mecánicamente la dictadura *democrática* de la *socialista*, la revolución socialista *nacional* de la *internacional*. La conquista del poder dentro de las fronteras nacionales es para ellos, en el fondo, no el acto inicial, sino la etapa final de la revolución: después, se abre un periodo de reformas que conducen a la sociedad socialista nacional.

En 1905 no admitían ni la idea de que fuese posible que el proletariado conquistase el poder en Rusia antes que en la Europa occidental. En 1917 predicaban una revolución de contenido democrático y rechazaban la dictadura del proletariado. En los años de 1925 a 1927 adoptan ante la revolución nacional china la orientación de un movimiento dirigido por la burguesía del país. Luego, propugnan para dicho país la consigna de la dictadura democrática de los obreros y campesinos, oponiéndola a la dictadura del proletariado, y proclaman la posibilidad de proceder a edificar una sociedad socialista completa y aislada en la Unión Soviética. Para ellos, la revolución mundial, condición necesaria de la victoria, no es más que una circunstancia favorable. Los epígonos han llegado a esta ruptura radical con el marxismo al cabo de una lucha permanente contra la teoría de la revolución permanente.

La lucha iniciada haciendo revivir artificialmente recuerdos históricos y falsificando el pasado lejano ha conducido a la transformación completa de las concepciones del sector dirigente. Hemos explicado ya más de una vez que esta revisión de valores se ha efectuado bajo la influencia de las necesidades sociales de la burocracia soviética, la cual se ha ido volviendo cada vez más conservadora, cada vez más preocupada de mantener el orden nacional y propensa a exigir que la revolución ya realizada y que le asegura a ella una situación privilegiada sea considerada suficiente para proceder a la edificación pacífica del socialismo. No hemos de insistir aquí sobre este tema. Señalemos únicamente que la burocracia tiene una profunda conciencia de la relación que guardan sus posiciones materiales e ideológicas con la teoría del socialismo nacional. Esto se manifiesta

con un relieve especial, ahora precisamente, cuando el aparato estalinista, aguijoneado por las contradicciones que no previó, se orienta con todas sus fuerzas hacia la izquierda, asestando duros golpes a sus inspiradores derechistas de ayer. La hostilidad de los burócratas contra la oposición marxista, de la que tuvo que tomar prestadas precipitadamente sus consignas y argumentaciones, no ha cedido en lo más mínimo, como se sabe. De aquellos miembros de la oposición que plantean la cuestión de su reingreso en el partido con el fin de apoyar la política de industrialización, etc., lo primero que exigen es que abjure de la teoría de la revolución permanente y que reconozcan, aunque sólo sea por miedo indirecto, la teoría del socialismo en un solo país. Con esto, la burocracia estalinista pone de manifiesto el carácter puramente táctico de su viraje hacia la izquierda, y cómo ello no significa una renuncia a los fundamentos estratégicos nacional-reformistas. No hay para que pararse a explicar la trascendencia de esto: es sabido que en la política, como en la guerra, la táctica se halla siempre subordinada en última instancia a la estrategia.

El problema ha roto ya, desde hace tiempo, los moldes de la campaña contra el « trotsquismo ». Tomando paulatinamente una mayor envergadura, ha acabado por englobar literalmente todos los problemas de la doctrina revolucionaria. Revolución permanente o socialismo nacional; este dilema se plantea no sólo ante los problemas de régimen interior de la Unión Soviética, sino ante las perspectivas de la revolución en Occidente y ante los destinos de la Internacional Comunista en el mundo entero.

El presente libro no se propone examinar el problema en todos sus aspectos: no hay para qué repetir lo que ya tenemos dicho en otros trabajos. En la *Crítica del Programa de la Internacional Comunista* he intentado poner de manifiesto teóricamente la inconsistencia económica y política del nacionalsocialismo. Los teóricos de la Internacional Comunista no se han dignado hacer el menor caso de mi crítica. Al fin y al cabo, lo mejor que podían hacer era eso, callar.

Aquí me propongo, ante todo, reconstituir la teoría de la revolución permanente tal como fue formulada en 1905, con referencia a los problemas internos de la Revolución rusa: señalo en qué se diferenciaba realmente mi posición de la de Lenin y cómo y por qué en todas las situaciones decisivas mi punto de vista coincidió siempre con el de éste. Finalmente, intento poner de relieve la importancia decisiva del problema que nos interesa para el proletariado de los países atrasados y, por tanto, para la Internacional Comunista del mundo entero.

Veamos las acusaciones que han lanzado los epígonos contra la teoría de la revolución permanente. Si dejamos de lado las infinitas contradicciones de mis críticos, podemos reducir a las siguientes tesis toda la masa verdaderamente imponderable de lo que llevan escrito sobre este tema:

1. Trotski ignoraba la diferencia existente entre la revolución burguesa y la socialista; en 1905 entendía que el proletariado de Rusia estaba ante el problema de una revolución socialista inmediata.

2. Trotski no ha prestado la menor atención al problema agrario. Para él no existía la clase campesina. Se imaginaba la revolución como una lucha sostenida exclusivamente por el proletariado contra el zarismo.

3. Trotski no creía que la burguesía internacional se resignara a consentir por mucho tiempo la existencia en Rusia de la dictadura del proletariado, y consideraba inevitable su caída, si el proletariado europeo no se adueñaba del poder en un plazo breve acudiendo en nuestro auxilio. Con ello, Trotski no apreciaba en su justo valor la presión del proletariado occidental sobre la burguesía.

4. Trotski no cree, en general, en la fuerza del proletariado ruso, en su capacidad para edificar autónomamente el socialismo y, por esto, cifraba y cifra todas sus esperanzas en la revolución mundial.

Estos motivos no sólo campean en los infinitos escritos y discursos de Zinoviev, Stalin, Bujarin y otros, sino que aparecen expresados en numerosas resoluciones oficiales del Partido Comunista de la URSS y de la Internacional Comunista. Y, sin embargo, no tenemos más remedio que decir que se basan en una mezcla crasa de ignorancia y de absoluta falta de escrúpulos.

Las dos primeras afirmaciones son, como se demostrará más adelante, fundamentalmente falsas. Yo partía precisamente del carácter democrático burgués de la revolución, para llegar a la conclusión de que la profundidad de la crisis agraria podía llevar al poder al proletariado en la atrasada Rusia. No fue otra la idea que sostuve en vísperas de la Revolución de 1905, ni la que expresaba al dar a la revolución el calificativo de «permanente», esto es, de tránsito revolucionario directo de la etapa burguesa a la socialista. Expresando esta misma idea, Lenin había de hablar más tarde de conversión de la revolución burguesa en socialista. En 1924, Stalin oponía esta idea de conversión a la de revolución permanente, que consideraba como el salto del reinado de la autocracia al reinado del socialismo. El desventurado «teórico» no se tomó el trabajo de reflexionar qué significa, en este caso, el carácter permanente de la revolución, o lo que es lo mismo, el ritmo ininterrumpido de su desarrollo, si es que no se trata, como él lo entiende, más que de un simple salto.

Por lo que se refiere a la tercera acusación, está dictada por la confianza efímera de los epígonos en la posibilidad de *neutralizar* a la burguesía imperialista por un plazo indefinido mediante la presión «razonablemente» organizada del proletariado. Fue la idea central de Stalin, durante los años de 1924 a 1927. Y esta idea dio por fruto el Comité anglo-ruso. El desengaño sufrido por los que creían en la posibilidad de atar de pies y manos a la burguesía internacional con la ayuda de los Purcell, los Radich, los Lafolette y los Chang-Kai-Chek, desencadenó un paroxismo de pánico ante el peligro inminente de una guerra. La Internacional Comunista no ha logrado salir todavía de este pánico.

La cuarta acusación enderezada contra la teoría de la revolución permanente, se reduce simplemente a afirmar que en 1905 yo no sostenía el punto de vista de la teoría del socialismo en un solo país, que Stalin había de acuñar en 1924 para la burocracia soviética. Esta acusación es una pura extravagancia histórica. En efecto, habría lugar a suponer que mis adversarios, si es que en 1905 tenían una opinión política, consideraban a Rusia preparada para la revolución socialista aislada. La verdad es que durante los años de 1905 a 1917 me acusaron incansablemente de utopista por el simple hecho de admitir la posibilidad de que el proletariado de Rusia adviniera al poder antes que el de la Europa occidental. Kaménev y Rikov acusaban de utopista a Lenin en abril de 1917 y se esforzaban en hacer comprender a éste que la revolución socialista tenía que llevarse a cabo primeramente en Inglaterra y otros países avanzados, y que sólo después de esto podía llegarle el turno a Rusia. Stalin sostuvo este mismo punto de vista hasta el 4 de abril de 1917 y sólo con gran trabajo y poco a poco se asimiló la fórmula leninista de la dictadura del proletariado en oposición a la democrática. En la primavera de 1924, Stalin seguía repitiendo, como tantos otros, que Rusia, como nación aislada, no estaba todavía bastante madura para la edificación socialista. En el otoño del mismo año, combatiendo contra la teoría de la revolución permanente, Stalin hizo por primera vez el descubrimiento de la posibilidad de proceder a la edificación de un socialismo aislado en Rusia. Después de esto, los profesores rojos se echaron a buscar afanosamente citas para que Stalin pudiera demostrar, en 1905, que Trotski —¡horror!— entendía que Rusia sólo podía llegar al socialismo con la ayuda del proletariado europeo.

Si se cogiese la historia de la lucha ideológica de este último cuarto de siglo, se la cortase en cachitos, luego se mezclasen estos cachitos y se diesen a un ciego para que los pegase, es dudoso que el galimatías teórico e histórico resultante de todo esto fuese más monstruoso que el que los epígonos están sirviendo a sus lectores y oyentes.

Para que el nexo que une los problemas de ayer con los de hoy cobre todavía mayor relieve es necesario recordar aquí, aunque sea en una forma esquemática, lo que hicieron en China los caudillos de la Internacional Comunista; esto es, Stalin y Bujarin.

So pretexto de que China se hallaba abocada a un movimiento revolucionario de emancipación nacional, hubo de reconocerse, a partir del año 1924, el papel directivo que en este movimiento correspondía a la burguesía del país. Fue reconocido oficialmente como partido dirigente el partido de la burguesía nacional, el « Kuomintang ». En 1905, los mencheviques no llegaron tan lejos en sus concesiones a los « kadetes » (partido de la burguesía liberal).

Pero la dirección de la Internacional Comunista no se detuvo aquí, sino que obligó al Partido Comunista chino a ingresar en el « Kuomintang » y a someterse a su disciplina; Stalin dirigió telegramas a los comunistas chinos recomendándoles que contuvieran el movimiento agrario; a los obreros y campesinos sublevados se les prohibió que fundaran sus soviets, con el fin de no disgustar a Chang-Kai-Chek, defendido por Stalin contra la oposición como « aliado seguro » a principios de abril de 1927, esto es, unos días antes del golpe de Estado de Shanghai, en una asamblea del Partido celebrada en Moscú.

La subordinación oficial del Partido Comunista a la dirección burguesa, y la prohibición oficial de los soviets (Stalin y Bujarin sostenían la tesis de que el « Kuomintang » « reemplazaba » allí a los soviets) implican una traición mucho más honda y escandalosa contra el marxismo que toda la actuación de los mencheviques en los años de 1905 a 1917.

Después del golpe de Estado de Chang-Kai-Chek —abril de 1927— se separó temporalmente del « Koumintang » el ala izquierda, dirigida por Van-Tin-Vei. Este último fue inmediatamente declarado por la *Pravda* « aliado seguro ». En el fondo, la actitud de Van-Tin-Vei con respecto a Chang-Kai-Chek era la misma que la de Kerenski con respecto a Miliukov, con la diferencia de que en China los Miliukov y Kornilov estaban representados en la persona de Chang-Kai-Chek.

A partir del mes de abril de 1927 se ordena al Partido Comunista chino que ingrese en el « Kuomintang » de « izquierda » y se subordine a la disciplina del Kerenski chino, en vez de preparar la guerra abierta contra el mismo. El « fiel » Van-Tin-Vei descargó contra el Partido Comunista y el movimiento obrero y campesino en general una represión no menos criminal que la de Chang-Kai-Chek, al cual Stalin había proclamado como su seguro aliado.

En 1905 y posteriormente los mencheviques apoyaban a Miliukov, pero se abstuvieron de ingresar en el partido liberal. Los mencheviques, aunque en 1917 actuaron en estrecho contac-

to con Kerenski, conservaron, sin embargo, su organización propia. La política de Stalin y Bujarin en China quedó incluso por debajo del menchevismo. Tal fue la primera y principal etapa de su actuación.

Después no hicieron más que recogerse los frutos inevitables: completa depresión del movimiento obrero y campesino, desmoralización y disgregación del Partido Comunista; la dirección de la Internacional dio la orden de « virar en redondo » hacia la izquierda y exigió que se pasase *in continenti* al levantamiento armado de los obreros y campesinos. De la noche a la mañana, el Partido Comunista chino, un partido nuevo, oprimido y mutilado, que todavía la víspera no era más que una quinta rueda del carro de Chang-Kai-Chek y Van-Tin-Vei y que carecía, por lo tanto, de una experiencia política propia, veíase colocado ante el trance de lanzar a los mismos obreros y campesinos que la Internacional Comunista había mantenido hasta hacía veinticuatro horas bajo las banderas del « Kuomintang », al alzamiento inmediato contra ese mismo « Kuomintang » que había conseguido concentrar en sus manos todos los resortes del poder y del ejército. En Cantón hubo que improvisar en un día un soviét ficticio. El alzamiento, que se hizo coincidir con la apertura del XV Congreso del Partido Comunista de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, revelaba a un tiempo el heroísmo de la vanguardia obrera china y la ligereza criminal con que obran los caudillos de la Internacional Comunista. El alzamiento de Cantón fue precedido y seguido de otras aventuras menos importantes.

Esa fue la segunda etapa de la estrategia de la Internacional Comunista en China, que bien podemos calificar de grosera caricatura del bolchevismo.

Ambas etapas, la liberal-oportunista y la aventurera, han asesado al Partido Comunista chino un golpe del cual sólo podrá rehacerse con una política acertada en el transcurso de muchos años.

El VI Congreso de la Internacional Comunista levantó el balance de la actuación en China y la aprobó sin reservas. ¿Y cómo no, si el Congreso no se había convocado con otro objeto? Para el porvenir lanzó la consigna de « dictadura democrática de los obreros y campesinos ». A los comunistas chinos no se les explicó en qué se diferenciaba esta dictadura de la del « Kuomintang » de derecha o de izquierda, por una parte, y de la dictadura del proletariado, por otra. Y es que era difícil explicárselo.

Al mismo tiempo que proclamaba la consigna de la dictadura democrática, el VI Congreso declaraba inadmisibles las consignas de la democracia (Cortes constituyentes, sufragio universal, libertad de palabra y de prensa, etc., etc.), y con ello desarmaba completamente al Partido Comunista chino frente a la dictadura

de la oligarquía militar. Los bolcheviques rusos se pasaron años y años movilizándolo a los obreros y campesinos en torno a las consignas democráticas. Durante el año de 1917, estas consignas desempeñaron un inmenso papel. Únicamente cuando a los ojos de todo el pueblo se produjo el choque político irreconciliable entre el poder soviético, que tenía ya una existencia real, y la Asamblea constituyente, nuestro partido creyó llegado el momento de liquidar las instituciones y consignas de la democracia formal, esto es, burguesa, para sustituirlas por la democracia real, soviética, o sea, proletaria.

El VI Congreso de la Internacional Comunista, celebrado bajo los auspicios de Stalin-Bujarin, echó a rodar todo esto. Al mismo tiempo que imponía al partido la consigna de la dictadura « democrática », no « proletaria », le prohibía servirse de consignas democráticas para la preparación de la misma. El Partido Comunista no sólo quedó desarmado, sino completamente desnudo. Como consuelo, se le autorizó para emplear en el periodo de dominio completo de la contrarrevolución la consigna de los soviets, prohibida en el periodo en que la Revolución se hallaba en su apogeo. Un héroe muy popular de la leyenda rusa entona canciones nupciales en los entierros y cantos fúnebres en las bodas, y recibe pescozones tanto en aquéllos como en éstas. Si en la política actual de la Internacional Comunista sólo se tratara de unos cuantos pescozones, podría uno resignarse con ello. Pero la cosa es harto más importante; se trata nada menos que del porvenir del proletariado.

La táctica de la Internacional Comunista ha sido un sabotaje inconsciente, pero no por inconsciente menos seguro y bien organizado, de la Revolución china. Este sabotaje era de efecto infalible, pues la Internacional Comunista cubría su política derechista menchevique de 1924-1927 con todo el prestigio del bolchevismo, y la potente máquina de las represiones preservaba a dicha política de la crítica de la oposición.

El resultado de todo esto ha sido un experimento definitivo de estrategia estalinista, que desde el principio hasta el fin se ha desarrollado bajo el signo de la lucha contra la revolución permanente.

Nada más lógico, pues, que el principal teórico estalinista, sostenedor de la subordinación del Partido Comunista chino al partido nacionalburgués del « Kuomintang », haya sido Martynov, que fue también el principal crítico menchevista de la teoría de la revolución permanente desde 1905 hasta 1923, cuando empezó a despuntar su misión histórica en las filas del bolchevismo.

En el primer capítulo se ha dicho lo más necesario sobre la manera como surgió este trabajo. En Alma-Ata preparaba sin apresurarme un libro de teoría y de polémica contra los epígonos, en el cual había de ocupar preeminente lugar la teoría de la revolución permanente. Mientras estaba trabajando en él, recibí un manuscrito de Radek consagrado a contraponer la revolución permanente con la línea estratégica de Lenin. Radek no tuvo más remedio que lanzar este ataque, aparentemente inesperado, contra mí, por la sencilla razón de que él mismo se había entregado de lleno a la política china de Stalin, que a la par con Zinoviev había defendido la mediatización del Partido Comunista por el « Kuomintang », no sólo antes, sino aun después del golpe de Estado de Chang-Kai-Chek. Para razonar la sumisión del proletariado a la burguesía, Radek argüía, ni que decir tiene, sobre la necesidad de una alianza del proletariado con los campesinos y la acusación de que yo « desdeñaba » la trascendencia de esa unión. Como Stalin, defendía una política menchevista valiéndose de una fraseología bolchevista, y con la fórmula de la dictadura democrática de los obreros y campesinos, cubría el hecho de que se apartara al proletariado de la lucha independiente por el poder al frente de las masas campesinas. Cuando les arranqué esta máscara ideológica, Radek sintió la necesidad aguda de demostrar, disfrazándose con citas de Lenin, que mi lucha contra el oportunismo se desprendía, en realidad, de la contradicción entre la teoría de la revolución permanente y el leninismo. Radek convertía la defensa de leguleyo de los propios pecados en acusación fiscal contra la revolución permanente. Para él, esto no era más que un puente tendido hacia la capitulación. Sin embargo, a pesar de esto, no me apresuré a considerar a Radek como definitivamente perdido. Intenté contesar a su artículo de un modo franco y categórico, pero sin cortar la retirada. Reproduzo mi contestación tal como fue escrita, limitándome a unas pocas explicaciones complementarias y a algunas correcciones de estilo.

El artículo de Radek no apareció en la prensa, y creo que no aparecerá, pues, en la forma en que fue escrito en 1928, no podría pasar por las estrechas mallas de la censura estalinista. Por lo demás, ese artículo, caso de publicarse, no haría tampoco mucho favor al que lo escribió, pues pone bien al desnudo la evolución espiritual de su autor; una « evolución » muy parecida a la del que cae a la calle desde un sexto piso.

El origen de este libro explica suficientemente por qué Radek ocupa en él un lugar más considerable de aquel a que sería acaso creador. Radek no ha inventado ni un solo argumento contra la teoría de la revolución permanente. Se ha manifestado como un epígono de los epígonos. Por esto recomiendo al lector que vea en Radek no al mismo Radek, sino al representante de una empresa colectiva en la cual ha conseguido

ingresar con plenitud de derechos, aunque haya sido a costa de renunciar al marxismo. Si Radek encuentra que le ha correspondido una porción de puntapiés excesiva para sus culpas personales, puede, si le parece, transmitirlos a sus destinatarios más responsables. Es una cuestión de régimen interno de la empresa en que yo no tengo por qué meterme.

Distintos grupos del Partido Comunista alemán han llegado al poder o han luchado por él, demostrando su aptitud para la dirección mediante ejercicios críticos sobre la revolución permanente. Pero toda esta literatura —que tiene por autores a Máslov, a Thalheimer y a otros— se ha mantenido en un nivel tan lamentable, que no da ni tan siquiera pie para la réplica crítica. Los Thaelmann, los Remmele y demás caudillos actuales por nombramiento han descendido aún más. Lo único que estos críticos han podido demostrar es que no han pasado del umbral del problema. Por eso les dejo... en el umbral. El que sea capaz de interesarse por la crítica teórica de Máslov, de Thalheimer y demás, puede, después de leer este libro, acudir a los escritos de los autores mencionados, a fin de persuadirse de su ignorancia y falta de escrúpulos.

Este resultado será, por decirlo así, un producto accesorio del trabajo que ofrecemos al lector.

L. TROTSKI

Prinkipo, 30 de noviembre de 1929.

3. Los tres elementos de la "dictadura democrática" : las clases, los objetivos y la mecánica política

La diferencia entre el punto de vista « permanente » y el de Lenin hallaba su expresión en la contraposición entre la consigna de la dictadura del *proletariado*, apoyada en los campesinos, y la de la dictadura *democrática* del proletariado y los campesinos. El problema debatido referíase no a la posibilidad, ni a la necesidad de una alianza entre obreros y campesinos, sino a la *mecánica política* de la colaboración del proletariado y de los campesinos en la revolución democrática.

Radek, con una excesiva intrepidez, por no decir ligereza, dice que sólo aquellos que no habían reflexionado sobre la complejidad de los métodos del marxismo y del leninismo podían plantear la cuestión de la expresión *política y de partido* de la dictadura democrática, puesto que, según él, Lenin reducía toda la cuestión a la colaboración de dos clases en aras de fines históricos objetivos. No ; no es así.

Si prescindimos completamente, ante el problema discutido, del factor subjetivo de la revolución —de los partidos y sus programas—, de la forma política y de organización de la colaboración del proletariado y de los campesinos, desaparecerán todas las divergencias, no sólo entre Lenin y yo —divergencias que reflejaban tan sólo dos matices dentro del ala revolucionaria—, sino, lo que es mucho peor, las existentes entre el bochevismo y el menchevismo, y desaparecerá asimismo la diferencia que separa la Revolución rusa de 1905 y las revoluciones de 1848, y aun la de 1789, en la medida en que, con respecto a esta última, cabe hablar de un proletariado. Todas las revoluciones burguesas se han fundado en la colaboración de las masas oprimidas de la ciudad y del campo. Esto era lo que daba a aquéllas, en mayor o menor grado, un carácter nacional, o sea, de participación de todo el pueblo.

Tanto teórica como políticamente, el debate versaba, no sobre la colaboración de los obreros y campesinos, en su condición de tales, sino del programa de dicha colaboración, de sus formas de partido y de sus métodos políticos. En las antiguas revoluciones, los obreros y campesinos « colaboran » bajo la dirección de la burguesía liberal o de su ala democrática pequeño burguesa. La Internacional Comunista ha repetido la experiencia de las *antiguas* revoluciones en circunstancias históricas *nuevas*, haciendo cuanto estaba de su mano para soneter a los obreros y campesinos chinos a la dirección del nacional-liberal Chang-Kai-Chek, y luego al nacionaldemó-

crata Van-Tin-Vei. Lenin planteaba la cuestión de una alianza de obreros y campesinos, irreconciliablemente opuesta a la burguesía liberal. La historia no había presenciado nunca semejante alianza. Se trataba de una experiencia, nueva por sus métodos, de colaboración de las clases oprimidas de la ciudad y del campo. Por esta misma razón, planteábase también como novedad el problema de las formas políticas de colaboración. Radek no se ha dado sencillamente cuenta de esto. Por eso nos hace volver atrás, hacia la abstracción histórica vacía, no sólo desde la fórmula de la revolución permanente, sino también de la « dictadura democrática » de Lenin.

Sí; Lenin en el transcurso de una serie de años, se negó a prejuzgar cuál sería la organización política de partido y de Estado de la dictadura democrática del proletariado y de los campesinos, colocando en primer término la colaboración de estas dos clases en oposición a la burguesía liberal. De toda la situación objetiva —decía— se desprende inevitablemente, en una etapa histórica determinada, la alianza revolucionaria de la clase obrera y de los campesinos para la resolución de los objetivos de la transformación democrática. ¿Podrán o no, sabrán o no, los campesinos crear un partido independiente? ¿Estará en mayoría o en minoría dicho partido, dentro del gobierno revolucionario? ¿Cuál será el peso específico de los representantes del proletariado en dicho gobierno? Todas éstas son preguntas que no admiten una respuesta *a priori*. « ¡ La experiencia lo dirá ! » Por el hecho de dejar entreabierto el problema de la mecánica política de la alianza de los obreros y campesinos, la fórmula de la dictadura democrática, sin convertirse, ni mucho menos, en la abstracción pura de Radek, seguía siendo durante un cierto tiempo una fórmula algebraica que admitía, en el futuro, interpretaciones políticas muy diversas.

El propio Lenin, además, no consideraba que, en general, la cuestión quedara agotada con la base de clase de la dictadura y sus fines históricos objetivos. Lenin comprendía muy bien —y nos enseñó a todos nosotros en este sentido— la importancia del factor subjetivo: los fines, el método consciente, el partido. He aquí por qué en los comentarios a su consigna no renunciaba, ni mucho menos, a la resolución hipotética de la cuestión de las formas políticas que podía asumir la primera alianza independiente de los obreros y campesinos que registraría la historia. Sin embargo, Lenin estaba lejos de enfocar la cuestión de un modo idéntico en todos los instantes. Hay que tomar el pensamiento leninista, no dogmática, sino históricamente. Lenin no traía unas tablas de la ley de lo alto del Sinaí, sino que forjaba las ideas y las consignas en la forja de la lucha de clases. Estas consignas las ajustaba a la realidad, las concretaba, las precisaba, y, según los periodos, les infundía uno y otro contenido. Sin embargo, Radek no ha estudiado en

lo más mínimo este aspecto de la cuestión, que ulteriormente tomó un carácter decisivo, poniendo al partido bolchevique, a principios de 1917, al borde de la escisión; prescinde en absoluto de él. Ahora bien, es un hecho que en los distintos momentos Lenin no caracterizaba de un modo idéntico la expresión política de partido gubernamental de la alianza de las dos clases, absteniéndose, sin embargo, de atar al partido con esas interpretaciones hipotéticas. ¿Cuáles son las causas de esta prudencia? Las causas residen en el hecho de que en la fórmula algebraica entraba un factor de importancia gigantesca, pero extremadamente indefinida desde el punto de vista político: *los campesinos*.

Citaré sólo algunos ejemplos de interpretación leninista de la dictadura democrática, haciendo notar, al mismo tiempo, que el caracterizar de un modo articulado la *evolución* del pensamiento de Lenin en esta cuestión exigiría un trabajo especial.

En marzo de 1905, desarrollando la idea de que la base de la dictadura serían el proletariado y los campesinos, Lenin decía:

« Esta composición social de la posible y deseable dictadura revolucionaria democrática, se reflejará, naturalmente, en la composición del Gobierno revolucionario, hará inevitable la participación y aun *el predominio en el mismo de los representantes más diversos de la democracia revolucionaria.* » (*Obras*, VI, p. 132. El subrayado es mío.)

En estas palabras, Lenin indica no sólo la base de clase, sino asimismo una forma gubernamental determinada de dictadura, con el posible predominio en la misma de los representantes de la democracia pequeño burguesa.

En 1907 escribía Lenin:

« La « revolución agraria » de que habláis, señores, para triunfar, debe convertirse en el poder central como tal, como revolución agraria, en todo el Estado. » (T. XI, p. 539.)

Esta fórmula va aún más allá. Se la puede interpretar en el sentido de que el poder revolucionario ha de concentrarse directamente en las manos de los campesinos. Pero esta fórmula, mediante una interpretación más vasta, introducida por el desarrollo mismo de los acontecimientos, comprende asimismo la Revolución de Octubre, la cual llevó al proletariado al poder como « agente » de la revolución campesina. Tal es la amplitud de las posibles interpretaciones de la fórmula de la dictadura democrática de los obreros y campesinos. Se puede admitir que su lado fuerte — hasta un momento determinado — se hallaba en éste su carácter algebraico; pero esto constituye asimismo su carácter peligroso, como habría de ponerse de manifiesto en nuestro país con toda evidencia después de Febrero, y en China, donde este ligro condujo a la catástrofe.

En julio de 1905, Lenin escribe:

« Nadie habla de la toma del poder por el partido; se habla

únicamente de su participación, *directiva en lo posible, en la revolución*». (*Obras*, VI, p. 278.)

En diciembre de 1906, Lenin considera posible solidarizarse con Kautsky, en lo que se refiere a la cuestión de la conquista del poder por el partido :

« Kautsky no sólo considera como « muy posible » que « en la marcha de la revolución, el partido socialista obtenga la victoria, sino que declara que constituye un deber de los socialdemócratas » inspirar a sus adeptos la confianza en el triunfo, pues no es posible luchar si de antemano se renuncia a él. » (*Obras*, VII, p. 58.)

Como volveremos a ver más adelante, entre estas dos interpretaciones del propio Lenin la distancia no es menor, ni mucho menos, que entre sus fórmulas y las mías.

¿ Qué significan estas contradicciones ? Estas contradicciones no hacen más que reflejar esa « gran incógnita » de la fórmula política de la Revolución : *los campesinos*. No en vano en otros tiempos el pensamiento radical llamaba al « mujik » la esfinge de la historia rusa. La cuestión del carácter de la dictadura revolucionaria — quiéralo o no Radek — está indisolublemente ligada a la posibilidad de un partido campesino revolucionario hostil a la burguesía liberal e independiente con respecto al proletariado. No es difícil comprender la importancia decisiva de esta cuestión. Si en la época de la revolución democrática los campesinos son capaces de crear su partido propio, *independiente*, la dictadura democrática es realizable en el sentido verdadero y directo de esta palabra, y la cuestión de la participación de la minoría proletaria en el Gobierno revolucionario adquiere una significación, si bien importante, secundaria ya.

Las cosas adquieren un sentido muy diferente si se parte del punto de vista de que los campesinos, a consecuencia de su situación intermedia y de la heterogeneidad de su composición social, no pueden tener ni una política ni un partido independientes y en la época revolucionaria se ven obligados a elegir entre la política de la burguesía y la del proletariado. Esta valoración del carácter político de los campesinos es la única que abre las perspectivas de la dictadura del proletariado surgiendo directamente de la revolución democrática. En esto, naturalmente, no hay « ignorancia », ni « negación », ni « menosprecio » de la importancia revolucionaria de los campesinos. Sin la importancia decisiva de la cuestión agraria para la vida de toda la sociedad, sin la gran profundidad y las proporciones gigantescas de la revolución campesina, ni tan siquiera se habría podido hablar en Rusia de dictadura del proletariado. Pero el hecho de que la revolución agraria creara las condiciones para la dictadura del *proletariado* fue una consecuencia de la incapacidad de los campesinos para resolver su problema histórico con sus propias fuerzas, y bajo su propia

dirección. En las condiciones de los países burgueses de nuestros días, que, aunque atrasados, hayan entrado ya en el período de la industria capitalista y se hallan relacionados formando un todo por las vías férreas y el telégrafo —y con esto nos referimos no sólo a Rusia, sino también a China y a la India—, los campesinos son aún menos capaces de desempeñar un papel directivo o tan sólo independiente que en la época de las antiguas revoluciones burguesas. El hecho de que haya subrayado en todas las ocasiones y de un modo insistente esta idea, que constituye uno de los rasgos más importantes de la teoría de la revolución permanente, ha servido de pretexto, completamente insuficiente y sustancialmente infundado, para acusarme de no apreciar el papel de los campesinos en su justo valor.

¿Cómo veía Lenin la cuestión del partido campesino? A esta pregunta sería asimismo necesario contestar con una exposición completa de la evolución de sus ideas sobre la Revolución rusa en el período de 1905 a 1917. Nos limitaremos tan sólo a dos citas. En 1907, Lenin dice :

« Es posible... que las dificultades objetivas de la cohesión política de la pequeña burguesía no permitan la formación de un partido semejante y dejen por mucho tiempo a la democracia campesina en su estado actual de masa incoherente, informe, difusa, que ha hallado su expresión en los *trudoviki*¹. (Obras, VII, p. 494.)

En 1909, Lenin, hablando del mismo tema, se pronuncia ya en otro sentido.

« No ofrece la menor duda que la revolución, llevada... hasta un grado tan elevado de desarrollo como la dictadura revolucionaria, creará un partido campesino revolucionario más definido y más fuerte. Razonar de otro modo significaría suponer que en el adulto ningún órgano esencial pueda seguir siendo infantil por su magnitud, su forma y su grado de desarrollo. » (Obras, XI, parte I, p. 230.)

¿ Se ha confirmado esta suposición? No ; no se ha confirmado. Sin embargo, ella fue la que incitó precisamente a Lenin a dar, hasta el momento de la comprobación histórica completa, una respuesta algebraica a la cuestión del poder revolucionario. Naturalmente, Lenin no colocó nunca su fórmula hipotética por encima de la realidad. La lucha por la política independiente del partido proletario constituyó la aspiración principal de su vida. Pero los lamentables epígonos, en su afán de ir a la zaga del partido campesino, llegaron a la subordinación de los obreros chinos al « Kuomintang », a la estrangulación del comunismo en la India en aras del « partido obrero y campesino », a la peli-

1. *Trudoviki*, representantes de los campesinos en las cuatro Dumas, que oscilaban constantemente entre los « kadetes » (liberales) y los socialdemócratas. [L.T.]

grosa ficción de la Internacional Campesina, a esa mascarada de la Liga Antimperialista, etc., etc.

El pensamiento oficial actual no se toma en absoluto la molestia de detenerse en las « contradicciones » de Lenin indicadas más arriba, en parte externas y aparentes, en parte reales, pero impuestas invariablemente por el problema mismo.

Desde que en nuestro país se cultivan una especie de profesores « rojos » que a menudo no se distinguen de los viejos profesores reaccionarios por una columna vertebral más sólida, sino únicamente por una ignorancia más profunda, Lenin se ve aliñado « a lo profesor », se le limpia de « contradicciones »; esto es, de la dinámica viva del pensamiento, enristrando en serie textos aislados y poniendo en circulación una u otra « ristra », según lo exigen las necesidades del momento.

No hay que olvidar ni un instante que los problemas de la revolución se plantearon en un país políticamente « virgen », después de una gran pausa histórica, después de una prolongada época de reacción en Europa y en todo el mundo, y que, aunque no fuera más que por esta circunstancia, traían aparejado mucho de desconocido. En la fórmula de la dictadura democrática de los obreros y de los campesinos, Lenin daba expresión a la peculiaridad de las condiciones sociales de Rusia, interpretando dicha fórmula de distintas maneras, pero sin renunciar a la misma antes de aquilatar hasta el fondo dicha peculiaridad de la Revolución rusa.

¿ En qué consistía esta peculiaridad ?

El papel gigantesco del problema agrario y de la cuestión campesina en general, como suelo o subsuelo de todos los demás problemas, y la existencia de una numerosa intelectualidad campesina o campesinófila con una ideología populista, con tradiciones « anticapitalistas » y temple revolucionario, significaba que *si había en algún sitio la posibilidad de un partido campesino antiburgués y revolucionario, era en Rusia.*

Y, en efecto, en las tentativas de creación de un partido campesino u obrero-campesino —distinto del liberal y del proletario— se ensayaron en Rusia todas las variantes políticas posibles, clandestinas, parlamentarias y combinadas. « Tierra y Libertad » (*Zemlia i Volia*), « La Libertad del Pueblo » (*Narodnaya Volia*), « El Reparto Negro » (*Cherni Peredel*), el populismo legal, los « socialrevolucionarios », los « socialistas populares », los « trudoviki », los « socialrevolucionarios de izquierda », etcétera, etc. En el transcurso de medio siglo hemos tenido en nuestro país una especie de laboratorio gigantesco para la creación de un partido campesino « anticapitalista » con una posición independiente respecto al partido del proletariado. La experiencia de más amplias proporciones fue, como es sabido, la del partido socialrevolucionario, que en 1917 llegó a ser, efectivamente, durante un cierto tiempo, el partido de la mayoría

aplastante de los campesinos. Pues bien: este partido sólo utilizó su predominio para entregar a los campesinos atados de pies y manos a la burguesía liberal. Los socialrevolucionarios se coaligaron con los imperialistas de la « Entente » y se alzaron en armas contra el proletariado ruso.

Esta experiencia, verdaderamente clásica, atestigua que los partidos pequeño burgueses con una base campesina pueden acaso asumir una apariencia de política independiente en los días pacíficos de la historia, cuando se hallan planteados problemas secundarios; pero que, cuando la crisis revolucionaria de la sociedad pone a la orden del día los problemas fundamentales de la propiedad, el partido pequeño burgués campesino se convierte en un instrumento de la burguesía contra el proletariado.

Si se examinan mis antiguas divergencias con Lenin, no valiéndose de citas tomadas al vuelo, de tal año, mes y día, sino de perspectivas históricas justas, se verá de un modo completamente claro que el debate estaba entablado, al menos por lo que a mí se refiere, no precisamente en torno a la cuestión de saber si para la realización de los objetivos democráticos era necesaria la alianza del proletariado con los campesinos, sino acerca de la forma de partido, política y estatal, que podía asumir la cooperación del proletariado y de los campesinos y de las consecuencias que se desprendían de ello para el desarrollo ulterior de la revolución. Hablo, naturalmente, de *mi posición* y no de la que sostenían en aquel entonces Bujarin y Radek, sobre la cual pueden, si quieren, explicarse ellos particularmente.

La comparación siguiente demuestra cuán cerca se hallaba mi fórmula de la « revolución permanente » de la de Lenin. En el verano de 1905, y por lo tanto antes todavía de la huelga general y de la insurrección de diciembre en Moscú, escribía yo en el prefacio a los discursos de Lassalle:

« Ni que decir tiene que el proletariado cumple su misión apoyándose, como en otro tiempo la burguesía, en los campesinos y en la pequeña burguesía. El proletariado dirige el campo, lo incorpora al movimiento, le interesa en el éxito de sus planes. Pero, inevitablemente, el caudillo sigue siendo él. No es la « dictadura del proletariado y de los campesinos », sino la dictadura del proletariado apoyada en los campesinos »¹. (L. Trotski, 1905, p. 281.)

Compárense ahora con estas palabras, escritas en 1905 y citadas por mí en el artículo polaco de 1909, las siguientes de Lenin, escritas en el mismo año 1909, inmediatamente después que la Conferencia del partido, bajo la presión de Rosa Luxem-

1. Este extracto, entre otros cien, atestigua, digámoslo de paso, que yo adivinaba ya la existencia de los campesinos y la importancia de la cuestión agraria en vísperas de la Revolución de 1905, esto es, un poco antes de que empezaran a hacerme comprender la importancia de los campesinos los Máslov, Thalheimer, Thaelmann, Remmele, Cachin, Monmousseau, Bela Kun, Pepper, Kuusinen y otros sociólogos marxistas. [L.T.]

burgo, adoptó, en vez de la antigua fórmula bolchevista, la de « dictadura del proletariado apoyada en los campesinos ». Lenin, contestando a los mencheviques, que hablan de su cambio radical de posición, dice :

« ... La fórmula escogida por los bolcheviques dice así : *el proletariado conduciendo tras de sí a los campesinos...* »¹.

¿ Acaso no es evidente que el sentido de todas estas fórmulas es idéntico ; que expresa precisamente la dictadura del proletariado y de los campesinos, que la « fórmula » *el proletariado apoyándose en los campesinos permanece enteramente en los límites de esa misma dictadura del proletariado y de los campesinos ?* » (Tomo XI, parte I, p. 219 y 224. La bastardilla es mía.)

Por lo tanto, Lenin da aquí una interpretación de la fórmula « algebraica » que excluye la idea de un partido campesino independiente, y con tanto mayor motivo su papel predominante la necesidad de la colaboración revolucionario democrática de los campesinos, *se apoya* en ellos ; por consiguiente, el poder revolucionario se concentra en las manos del partido del proletariado. Y precisamente en esto consistía el punto central de la teoría de la revolución permanente.

Lo más que se puede decir hoy, *después* de la comprobación histórica, acerca de las antiguas divergencias en torno a la dictadura, es esto : mientras que Lenin, partiendo invariablemente del papel directivo del proletariado, subraya y desarrolla la necesidad de la colaboración revolucionariodemocrática de los obreros y campesinos, enseñándonos a todos nosotros en este sentido, yo, partiendo invariablemente de esta colaboración, subrayo constantemente la necesidad de la dirección proletaria no sólo en el bloque, sino en el gobierno llamado a ponerse al frente de dicho bloque. No se puede hallar otra diferencia.

Tomemos dos extractos relacionados con lo dicho más arriba : uno, sacado de mis *Resultados y perspectivas*, y del que se han servido Stalin y Zinoviev para demostrar la oposición entre mis ideas y las de Lenin, y otro de un artículo polémico de éste contra mí y utilizado por Radek con el mismo fin.

He aquí el primer fragmento :

« La participación objetivamente más verosímil del proletariado en el gobierno y la única admisible en el terreno de los principios es la *participación dominante y directiva*. Cabe, naturalmente, llamar a este gobierno dictadura del proletariado, de los campesinos y de los intelectuales, o, finalmente, gobierno de coalición de la clase obrera y de la pequeña burguesía. Pero sigue en pie la pregunta : ¿ A quién pertenece la hegemonía

1. En la conferencia de 1909, Lenin propuso la fórmula : « el proletariado conduciendo tras de sí a los campesinos » ; pero acabó adhiriéndose a la fórmula de los socialdemócratas polacos, que reunió la mayoría de votos contra los mencheviques. [INDT].

en el gobierno y, a través de él, en el país? Ya por el solo hecho de hablar de gobierno obrero prejuzgamos que esa hegemonía debe pertenecer a la clase obrera.» (*Nuestra revolución*, 1906, p. 250.)

Zinoviev armó un gran alboroto (¡ en 1925 !) porque yo (¡ en 1905 !) colocaba en un mismo plano a los campesinos y a los intelectuales. Excepto esto, no hallo nada más en las líneas reproducidas. La alusión a los intelectuales se hallaba provocada por las condiciones de aquel período, caracterizadas por el hecho de que los intelectuales desempeñaban políticamente un papel muy distinto del de ahora: sus organizaciones hablaban constantemente en nombre de los campesinos; los socialrevolucionarios basaban oficialmente su partido en el triángulo proletariado, campesinos e intelectuales; los mencheviques, como escribía yo en aquel entonces, cogían del brazo al primer intelectual radical que se encontraban al paso, con el fin de demostrar el florecimiento de la democracia burguesa. Ya en aquella época hablé centenares de veces de la impotencia de los intelectuales como grupo social « independiente » y de la importancia decisiva de los campesinos revolucionarios. Pero no se trata aquí de una frase política aislada, que no me dispongo, ni mucho menos, a defender. Lo esencial del fragmento reproducido consiste en que en él acepto enteramente el contenido leninista de la dictadura democrática y reclamo únicamente una definición más precisa de su mecánica política, esto es, la exclusión de una coalición en la cual el proletariado no es más que un rehén de la mayoría pequeño burguesa.

Tomemos ahora el artículo de Lenin de 1916, que, como hace notar el propio Radek, iba enderezado « *formalmente* contra Trotski, pero *realmente* contra Bujarin, Piatakov, el autor de estas líneas (esto es, Radek) y otros cuantos, camaradas ». Es ésta una declaración muy valiosa, que confirma permanente mi impresión de entonces de que la polémica de Lenin iba dirigida a un falso destinatario, pues, como demostraré, no me atañía en sustancia en lo más mínimo. En dicho artículo hay precisamente esa misma acusación contra mí, relativa a la « negación de los campesinos » (en dos líneas), que constituyó posteriormente el principal patrimonio de los epígonos y de sus secuaces. El « nudo » del mencionado artículo —según la expresión de Radek— lo constituye el pasaje siguiente:

« A Trotski no se le ocurre pensar —dice Lenin citando mis propias palabras— que si el proletariado arrastrase a las masas no proletarias del campo a la confiscación de las tierras de los grandes propietarios, y derribase la monarquía, esto sería el coronamiento de la « revolución nacional burguesa » en Rusia, es decir, *la dictadura revolucionaria democrática del proletariado y de los campesinos.* » (Lenin: *Obras*, t. XIII, p. 214.)

Que en el mencionado artículo el reproche de Lenin iba

dirigido a « otro destinatario », refiriéndose realmente a Bujarin y Radek, que eran efectivamente los que pretendían saltarse la etapa democrática de la Revolución, lo prueba con claridad no sólo todo lo dicho más arriba, sino también el extracto reproducido por Radek, que él califica con justicia de « nudo » del artículo de Lenin. En efecto, *éste cita directamente las palabras de mi artículo de que sólo una política independiente y audaz del proletariado podía « arrastrar a las masas no proletarias del campo a la confiscación de las tierras de los grandes propietarios, al derrumbamiento de la monarquía »*, etc., etc., y añade: « A Trotski no se le ocurre pensar que... esto sería la dictadura revolucionaria democrática ». Lenin aquí reconoce y certifica, por decirlo así, que Trotski acepta de un modo efectivo todo el contenido real de la fórmula bolchevista (colaboración de los obreros y campesinos y objetivos democráticos de esta colaboración), pero no quiere reconocer que esto es precisamente la dictadura democrática, el coronamiento de la revolución nacional. Por lo tanto, en este artículo polémico, aparentemente el más « severo » de todos, el debate no gira en torno al programa de la etapa inmediatamente próxima de la revolución y sus fuerzas motrices de clase, sino sobre la *correlación política* de dichas fuerzas, sobre el *carácter de la dictadura desde el punto de vista político y de partido*.

Si los equívocos eran comprensibles e inevitables en aquella época, en parte a causa de que los procesos mismos no aparecían aún con una claridad completa, y en parte debido a la exacerbación de las luchas intestinas entre las fracciones, es absolutamente incomprensible cómo Radek puede introducir, a unos cuantos años de distancia, una confusión tal en la cuestión.

Mi polémica con Lenin giraba, en sustancia, alrededor de la posibilidad de independencia o del grado de independencia de los campesinos en la revolución, en particular de la posibilidad de un partido campesino independiente. En dicha polémica yo acusaba a Lenin de exagerar el papel *independiente* de los campesinos. Lenin me acusaba a mí de no apreciar en su justo valor el papel revolucionario de los mismos. Esto se desprendía de la lógica de la polémica misma. Pero, ¿acaso no es digno de desprecio aquel que después de veinte años se sirve de viejos textos, haciendo abstracción del fundamento de las condiciones del partido de aquel entonces, y dando un valor absoluto a toda exageración polémica o error episódico, en vez de poner al descubierto, a la luz de la mayor de las experiencias históricas, cuál era el eje real de las divergencias, y su amplitud no verbal, sino efectiva?

Forzado a limitarme en la elección de extractos, aludiré aquí únicamente a las tesis compendiadas de Lenin sobre las etapas de la revolución, escritas por él a fines de 1905, pero publicadas por primera vez en 1926, en el tomo V de la *Antología*

leninista¹, página 451. Recordaré que la publicación de dichas tesis fue considerada por todos los opositores, Radek inclusive, como el mejor regalo que se podía hacer a la oposición, pues Lenin resultaba en ellas reo de « trotsquismo », según todos los artículos del código estalinista. Las acusaciones más importantes de la resolución del VII Pleno del Comité ejecutivo de la Internacional Comunista, condenando el trotsquismo, diríase que están dirigidas consciente y deliberadamente contra las tesis fundamentales de Lenin. Los estalinistas rechinaron los dientes cuando éstas salieron a luz. Kaménev, editor de la *Antología*, con la « llaneza », no muy púdica, que le es propia, me dijo sin ambages que de no haber formado el bloque con nosotros, no habría permitido de ninguna manera la publicación de ese documento. Finalmente, en el artículo de la Kostrieva, publicado en *El Bolchevique*, dichas tesis aparecieron malévolamente falseadas a fin de no hacer incurrir a Lenin en el pecado de actitud « trotsquista » con respecto a los campesinos en general y a los campesinos medianamente acomodados en particular.

Reproduciré asimismo el juicio que en 1909 merecían a Lenin sus divergencias conmigo :

« El mismo camarada Trotski, en este razonamiento, admite « la participación de los representantes de la población democrática » en el « gobierno obrero », esto es, admite un gobierno integrado por representantes del proletariado y de los campesinos. Cuestión aparte es la de saber en qué condiciones se puede admitir la participación del proletariado en el gobierno de la Revolución, y es muy posible que por lo que se refiere a esta cuestión, los bolcheviques no se pongan de acuerdo no sólo con Trotski, sino tampoco con los socialdemócratas polacos. Pero la cuestión de la dictadura de las clases revolucionarias no se reduce de ninguna de las maneras a la de la « mayoría » o a la de las condiciones de participación de los socialdemócratas, en tal o cual gobierno revolucionario. » (*Obras*, t. XI, parte I, p. 229. La bastardilla es mía.)

En estas líneas, Lenin vuelve a certificar que Trotski acepta el gobierno de los representantes del proletariado y de los campesinos, y, por lo tanto, no se « olvida » de los últimos. Subraya, además que la cuestión de la dictadura no se reduce a la de la mayoría en el gobierno. Esto es absolutamente indiscutible : se trata, ante todo, de la lucha mancomunada de los obreros y campesinos, y, por consiguiente, de la lucha de la vanguardia proletaria por la influencia sobre los campesinos contra la burguesía liberal o nacional. Pero si la cuestión de la dictadura revolucionaria de los obreros y campesinos *no se reduce* a la de tal o cual mayoría en el gobierno, en caso de triunfo de la

1. El « Instituto Lenin », de Moscú, publica periódicamente *Antologías leninistas* [*Leninski Shórniki*] en las cuales reúne trabajos inéditos de Lenin o relacionados con su actividad. (ENST)

revolución, *conduce* precisamente a ella, dándole una importancia decisiva.

Como hemos visto, Lenin, prudentemente —por lo que pueda suceder—, hace la reserva de que si se trata del problema de la participación del partido en el gobierno revolucionario, es posible que exista una divergencia entre él y yo de una parte, y de otra, entre Trotski y los compañeros polacos *acerca de las condiciones* de dicha participación. Se trataba, por lo tanto, de una divergencia *posible*, por cuanto Lenin admitía teóricamente la participación de representantes del proletariado en calidad de minoría en el gobierno democrático. Los acontecimientos se encargaron de demostrar que no había tal divergencia. En noviembre de 1917 se desarrolló en las esferas dirigentes del partido una lucha furiosa en torno a la cuestión del gobierno de coalición con los mencheviques y los socialrevolucionarios. Lenin, sin hacer ninguna objeción de principio a la coalición sobre la base soviética, exigió categóricamente una mayoría bolchevista firmemente asegurada. Yo me puse decididamente al lado de Lenin.

Ahora, veamos a lo que reduce propiamente Radek toda la cuestión de la dictadura democrática del proletariado y de los campesinos.

« ¿ En qué resultó justa en lo fundamental —pregunta— la vieja teoría bolchevista de 1905? En que la acción mancomunada de los obreros y campesinos de Petrogrado [soldados de la guarnición de dicha ciudad] derrocó al zarismo [en 1917. L. T.]. Hay que tener presente que, en lo fundamental, la fórmula de 1905 preveía solamente la correlación de clases, y no una institución política concreta.

¡ No ; esto no, perdón ! Si califico de « algebraica » la vieja fórmula de Lenin, no lo hago, ni mucho menos, en el sentido de que sea permitido reducirla a una vaciedad, como Radek hace sin reflexionar. « Lo fundamental se realizó : el proletariado y los campesinos conjuntamente derrocaron el zarismo. » Pero este hecho fundamental es el que se ha realizado en todas las revoluciones triunfantes y semitriunfantes sin excepción. Siempre y en todas partes, los reyes, los señores feudales, el clero, viéronse atacados por los proletarios o preproletarios, los plebevos y los campesinos. Así sucedió ya en el siglo XVI, en Alemania, y aún antes. En China fueron estos mismos obreros y campesinos los que atacaron a los « militaristas ». ¿ Qué tiene que ver con esto la dictadura democrática? En las antiguas revoluciones no la hubo, ni la ha habido tampoco en la china. ¿ Por qué? Porque la burguesía cabalgaba a lomos de los obreros y campesinos que realizaban la labor ingrata de la revolución. Radek se ha abstraído tan considerablemente de las « instituciones políticas », que ha olvidado lo « fundamental » de toda

revolución: quién la dirige y quién toma el poder. Olvida que la revolución no es otra cosa que la lucha por el poder; una lucha política que las clases sostienen no con las manos vacías, sino por medio de « instituciones políticas concretas » (partidos, etc.).

« Las gentes que no habían pensado en la complejidad del método marxista y leninista —dice Radek—, para aniquilarnos a nosotros, pecadores, concebían la cosa así: todo debía terminar infaliblemente con un gobierno común de obreros y campesinos, y aun había algunos que pensaban que éste había de ser necesariamente un gobierno de coalición de partidos, del obrero y del campesino. »

¡ Ya veis qué gente más simple!... Pero ¿ qué es lo que piensa el propio Radek? ¿ Que la revolución victoriosa no debe conducir a un nuevo gobierno o que éste no debe dar forma y consolidar una correlación determinada de las fuerzas revolucionarias? Radek ha profundizado hasta tal punto el problema « sociológico », que no ha quedado de él más que una cascara verbal.

Las siguientes palabras, extraídas del informe del propio Radek en la Academia Comunista —sesión de marzo de 1927—, demostrarán mejor que nada cuán inadmisibile es abstraerse de la cuestión de las formas políticas de colaboración de los obreros y campesinos.

« El año pasado escribí un artículo para la *Pravda* acerca de este gobierno [el de Cantón], calificándolo de *campesino-obrero*. Pero un camarada de la redacción, creyendo que me había equivocado, lo corrigió en esta forma: *obrero-campesino*. Yo no protesté y lo dejé así: gobierno obrero-campesino. »

Por lo tanto, Radek, en marzo de 1927 (¡ no en 1905!) consideraba posible la existencia de un gobierno campesino-obrero, distinto de un gobierno obrero-campesino. El redactor de la *Pravda* no comprendió la diferencia. He de confesar que yo tampoco la comprendo, aunque me maten. Sabemos muy bien lo que es un gobierno obrero-campesino. Pero ¿ qué es un gobierno campesino-obrero, distinto de un gobierno obrero-campesino y opuesto al mismo? Esforzaos cuanto queráis en aclarar esta enigmática trasposición de adjetivos. Es aquí donde llegamos a la médula de la cuestión. En 1926 Radek creía que el gobierno de Chang-Kai-Chek en Cantón era un gobierno campesino-obrero, y en 1917 lo repetía de un modo que no dejaba lugar a dudas. En la práctica, resultó que era un gobierno obrero que explotó la lucha revolucionaria de los obreros y campesinos y después la ahogó en sangre. ¿ Cómo se explica este error? ¿ Es que Radek, sencillamente, se engañó? A distancia es posible engañarse. Entonces, que diga que no lo entendió, que no se dio cuenta, que se equivocó. Pero no: lo que hay no es un error de hecho, resultado de una información deficiente, sino, como se ve claramente ahora, un profundo error de princi-

pio. El gobierno campesino-obrero, por oposición al obrero-campesino, es precisamente el « Kuomintang ». No puede significar otra cosa. Si los campesinos no siguen al proletariado, siguen a la burguesía. Creo que en mi crítica de la idea fraccionista de Stalin del « partido obrero y campesino » esta cuestión ha quedado suficientemente dilucidada. (Véase la *Crítica del programa de la Internacional Comunista*). El gobierno « campesino-obrero » de Caotón, diferente del obrero-campesino, es, en el lenguaje de la política china actual, la única expresión concebible de la « dictadura democrática » por oposición a la dictadura proletaria; en otros términos, la encarnación de la política « kuomintangista » de Stalin en oposición a la bolchevique, calificada de « trotsquismo » por la Internacional Comunista.

¿ Qué es la revolución permanente ? (Tesis fundamentales)

Espero que el lector no tendrá inconveniente alguno en que, como remate a este libro, intente, sin temor a incurrir en repeticiones, formular de un modo compendiado mis principales conclusiones.

1.^a La teoría de la revolución permanente exige en la actualidad la mayor atención por parte de todo marxista, puesto que el rumbo de la lucha de clases y de la lucha ideológica ha venido a desplazar de un modo completo y definitivo la cuestión, sacándola de la esfera de los recuerdos de antiguas divergencias entre los marxistas rusos para hacerla versar sobre el carácter, el nexo interno y los métodos de la revolución internacional en general.

2.^a Con respecto a los países de desarrollo burgués retrasado, y en particular de los coloniales y semicoloniales, la teoría de la revolución permanente significa que la resolución íntegra y efectiva de sus fines *democráticos* y de su *emancipación nacional* tan sólo puede concebirse por medio de la dictadura del proletariado, empuñando éste el poder como caudillo de la nación oprimida y, ante todo, de sus masas campesinas.

3.^a El problema agrario, y con él el problema nacional, asignan a los campesinos, que constituyen la mayoría aplastante de la población de los países atrasados, un puesto excepcional en la revolución democrática. Sin la alianza del proletariado con los campesinos, los fines de la revolución democrática no sólo no pueden realizarse, sino que ni siquiera cabe plantearlos seriamente. Sin embargo, la alianza de estas dos clases no es factible más que luchando irreconciliablemente contra la influencia de la burguesía liberal-nacional.

4.^a Sean las que fueren las primeras etapas episódicas de la revolución en los distintos países, la realización de la alianza revolucionaria del proletariado con las masas campesinas sólo es concebible bajo la dirección política de la vanguardia proletaria organizada en Partido Comunista. Esto significa, a su vez, que la revolución democrática sólo puede triunfar por medio de la dictadura del proletariado, apoyada en la alianza con los campesinos y encaminada en primer término a realizar objetivos de la revolución democrática.

5.^a Enfocada en su sentido histórico, la consigna bolchevista : « dictadura democrática del proletariado y de los campesinos »,

no quería expresar otra cosa que las relaciones caracterizadas más arriba, entre el proletariado, los campesinos y la burguesía liberal. Esto ha sido demostrado por la experiencia de Octubre. Pero la vieja fórmula de Lenin no resolvía de antemano cuáles serían las relaciones políticas recíprocas del proletariado y de los campesinos en el interior del bloque revolucionario. En otros términos, la fórmula se asignaba conscientemente un cierto carácter algebraico, que debía ceder el sitio a unidades aritméticas más concretas en el proceso de la experiencia histórica. Sin embargo, esta última ha demostrado, y en condiciones que excluyen toda torcida interpretación, que, por grande que sea el papel revolucionario de los campesinos, no puede ser nunca autónomo ni, con mayor motivo, dirigente. El campesino sigue al obrero o al burgués. Esto significa que la «dictadura democrática del proletariado y de los campesinos» sólo es concebible como *dictadura del proletariado arrastrando detrás de sí a las masas campesinas*.

6.^a La dictadura democrática del proletariado y de los campesinos, en calidad de régimen distinto por su contenido de clase de la dictadura del proletariado, sólo sería realizable en el caso de que fuera posible un partido revolucionario *independiente* que encarnara los intereses de la democracia campesina y pequeño burguesa en general, un partido capaz, con el apoyo del proletariado, de adueñarse del poder y de implantar desde él su programa revolucionario. Como lo atestigua la experiencia de toda la historia contemporánea, y sobre todo, la de Rusia durante el último cuarto de siglo, constituye un obstáculo invencible en el camino de la creación de un partido campesino la ausencia de independencia económica y política de la pequeña burguesía y su profunda diferenciación interna, como consecuencia de la cual las capas superiores de la pequeña burguesía (de los campesinos) en todos los casos decisivos, sobre todo en la guerra y la revolución, van con la gran burguesía, y los inferiores, con el proletariado, obligando con ello al sector intermedio a elegir entre los polos extremos. Entre el kerensquismo y el poder bolchevista, entre el «Kuomintang» y la dictadura del proletariado, no cabe ni puede haber posibilidad intermedia, es decir, una dictadura democrática de los obreros y campesinos.

7.^a La tendencia de la Internacional Comunista a imponer actualmente a los pueblos orientales la consigna de la dictadura democrática del proletariado y de los campesinos, superada definitivamente desde hace tiempo por la historia, no puede tener más que un carácter reaccionario. Por cuanto esta consigna se opone a la dictadura del proletariado, políticamente contribuye a la disolución de este último en las masas pequeño burguesas y crea de este modo las condiciones más favorables para la hegemonía de la burguesía nacional, y, por consiguiente,

para el fracaso de la revolución democrática. La incorporación de esta consigna al Programa de la Internacional Comunista representa ya de sayo una traición directa contra el marxismo y las tradiciones bolchevistas de Octubre.

8.ª La dictadura del proletariado, que sube al poder en calidad de caudillo de la revolución democrática, se encuentra inevitable y repentinamente, al triunfar, ante objetivos relacionados con profundas transformaciones del derecho de propiedad burguesa. La revolución democrática se transforma directamente en socialista, convirtiéndose con ello en *permanente*.

9.ª La conquista del poder por el proletariado no significa el coronamiento de la revolución, sino simplemente su iniciación. La edificación socialista sólo se concibe sobre la base de la lucha de clases en el terreno nacional e internacional. En las condiciones de predominio decisivo del régimen capitalista en la palestra mundial, esta lucha tiene que conducir inevitablemente a explosiones de guerra interna, es decir, civil, y exterior, revolucionaria. En esto consiste el carácter permanente de la revolución socialista como tal, independientemente del hecho de que se trate de un país atrasado, que haya realizado ayer todavía su transformación democrática, o de un viejo país capitalista que haya pasado por una larga época de democracia y parlamentarismo.

10.ª El triunfo de la revolución socialista es inconcebible dentro de las fronteras nacionales de un país. Una de las causas fundamentales de la crisis de la sociedad burguesa consiste en que las fuerzas productivas creadas por ella no pueden conciliarse ya con los límites del Estado nacional. De aquí se originan las guerras imperialistas, de una parte, y la utopía burguesa de los Estados Unidos de Europa, de otra. La revolución socialista empieza en la palestra nacional, se desarrolla en la internacional y llega a su término y remate en la mundial. Por lo tanto, la revolución socialista se convierte en permanente en un sentido nuevo y más amplio de la palabra: en el sentido de que sólo se consuma con la victoria definitiva de la nueva sociedad en todo el planeta.

11.ª El esquema de desarrollo de la revolución mundial, tal como queda trazado, elimina el problema de la distinción entre países « maduros » y « no maduros » para el socialismo, en el sentido de la clasificación muerta y pedante que establece el actual programa de la Internacional Comunista. El capitalismo, al crear un mercado mundial, una división mundial del trabajo y fuerzas productivas mundiales, se encarga por sí solo de preparar la economía mundial en su conjunto para la transformación socialista.

Este proceso de transformación se realizará con distinto ritmo

según los distintos países. En determinadas condiciones, los países atrasados pueden llegar a la dictadura del proletariado antes que los avanzados, pero más tarde que ellos al socialismo.

Un país colonial o semicolonial, cuyo proletariado resulte aún insuficientemente preparado para agrupar en torno suyo a los campesinos y conquistar el poder, se halla por ello mismo imposibilitado para llevar hasta el fin la revolución democrática. Por el contrario, en un país cuyo proletariado haya llegado al poder como resultado de la revolución democrática, el destino ulterior de la dictadura y del socialismo dependerá, en último término, no tanto de las fuerzas productivas nacionales como del desarrollo de la revolución socialista internacional.

12.^a La teoría del socialismo en un solo país, que ha surgido como consecuencia de la reacción contra el movimiento de Octubre, es la única teoría que se opone de un modo consecuente y definitivo a la de la revolución permanente.

La tentativa de los epígonos, compelidos por los golpes de la crítica, de limitar a Rusia la aplicación de la teoría del socialismo en un solo país en vista de las peculiaridades (extensión y riquezas naturales) de esta nación, no mejora, sino que empeora las cosas. La ruptura con la posición internacional conduce siempre, inevitablemente, al *mesianismo* nacional, esto es, al reconocimiento de ventajas y cualidades inherentes al propio país susceptibles de permitir a éste desempeñar un papel inasequible a los demás.

La división mundial del trabajo, la subordinación de la industria soviética a la técnica extranjera, la dependencia de las fuerzas productivas de los países avanzados de Europa respecto a las primeras materias asiáticas, etc., etc., hacen imposible la edificación de una sociedad socialista independiente en ningún país del mundo.

13.^a La teoría de Stalin-Bujarin no sólo opone mecánicamente, contra toda la experiencia de las revoluciones rusas, la revolución democrática a la socialista, sino que divorcia la revolución nacional de la internacional.

A las revoluciones de los países atrasados les asigna como fin la instauración de un régimen irrealizable de dictadura democrática que contrapone a la dictadura del proletariado. Con ello, introduce ilusiones y ficciones en la política, paraliza la lucha del proletariado por el poder en Oriente y retrasa la victoria de las revoluciones coloniales.

Desde el punto de vista de la teoría de los epígonos, el hecho de que el proletariado conquista el poder implica el triunfo de la revolución (« en sus nueve décimas partes », según la fórmula de Stalin) y la iniciación de la época de las reformas nacionales. La teoría de la evolución del *kuak* hacia el socia-

lismo¹ y de la « neutralización » de la burguesía mundial, son, por este motivo, inseparables de la teoría del socialismo en un solo país. Estas teorías aparecen juntas y juntas caen.

La teoría del nacional-socialismo reduce a la Internacional Comunista a la categoría de instrumento auxiliar para la lucha contra la intervención militar. La política actual de la Internacional Comunista, su régimen y la selección del personal directivo de la misma responden plenamente a esta reducción de la Internacional al papel de destacamento auxiliar, no destinado a la resolución de objetivos independientes.

14.º El programa de la Internacional Comunista, elaborado por Bujarin, es ecléctico hasta la médula. Dicho programa representa una tentativa estéril para conciliar la teoría del socialismo en un solo país con el internacionalismo marxista, el cual, por su parte, es inseparable del carácter permanente de la revolución internacional. La lucha de la oposición comunista de izquierda por una política justa y un régimen saludable en la Internacional Comunista está íntimamente ligada a la lucha por el programa marxista. La cuestión del programa es, a su vez, inseparable de la cuestión de las dos teorías opuestas: la de la revolución permanente y la del socialismo en un solo país. Desde hace mucho tiempo, el problema de la revolución permanente ha rebasado las divergencias episódicas, completamente superadas por la historia, entre Lenin y Trotski. La lucha está entablada entre las ideas fundamentales de Marx y Lenin de una parte, y el eclecticismo de los centristas, de otra.

1. En el periodo de florecimiento de la política derechista sostenida por el bloque del centro y de la derecha, Bujarin, teorizante de dicho bloque, lanzaba a los campesinos la consigna « ¡enriqueceos! », y entendía que, en las condiciones creadas por la economía soviética, el *kulak*, en vez de evolucionar hacia el capitalismo, evolucionaba « pacíficamente » hacia el socialismo. Esta fue la política oficial del partido desde 1924 hasta principios de 1928, cuando el *kulak*, al declarar la « huelga del trigo », hizo ver a los dirigentes del partido que continuaba la lucha de clases en el campo. [NDT].

El imperialismo y la Revolución Permanente *por J. Valier*

1. La teoría de la revolución permanente es la expresión política - del análisis del capitalismo como realidad mundial, resultante - de la ley del desarrollo desigual y combinado.

La exacerbación en la fase imperialista del desarrollo desigual y combinado refuerza las premisas objetivas de la estrategia de la revolución permanente.

I. EL PROCESO PRODUCTIVO CAPITALISTA ES MUNDIAL Y ESTA JERARQUIZADO

EL PROCESO PRODUCTIVO ES MUNDIAL

2. La lucha de clases y la competencia interimperialista provocan - la existencia en el modo de producción capitalista, de una ten- - dencia a la acumulación. Los capitalistas no pueden sobrevivir mas - que a condición de acumular y por consiguiente de transformar constan- - temente sus instrumentos de producción. Esta transformación supone y, al mismo tiempo, provoca un desarrollo en la división del tra- - bajo.

Forzados a extender sin cesar la base de su acumulación, los capi- talistas han internacionalizado su producción, arrastrando al conjun- to de las naciones a su propia esfera de acción: "La evolución del capitalismo... es en sí un fenómeno que se apoya en una extensión - sistemática de su base. En el curso de su desarrollo y, por consi- - guiente, en el curso de la lucha contra sus propias contradicciones - internas, cada capitalismo nacional vuelve progresivamente su mirada hacia las reservas del mercado exterior, es decir, de la economía - mundial" (L.T. "La Revolución Permanente", pág. 20).

Los capitalistas han creado así un sistema productivo mundial ca- racterizado por una cierta división internacional del trabajo.

3. Así pues, la economía mundial no puede considerarse como una sim- ple suma de economías nacionales, sino como una realidad que, -- creada por la división internacional del trabajo, domina los merca- dos nacionales. Los rasgos específicos de la economía nacional, por importantes que sean, "constituyen en un grado cada vez mayor los -- elementos de una unidad superior que se llama la economía mundial" - (ibid. pág. 13). No son un "suplemento a los rasgos generales" del ca- pitalismo, sino que "constituyen la originalidad de los rasgos funda- mentales de la evolución mundial" (ibid. pág. 12).

4. El internacionalismo proletario no descansa sobre la existencia - de algunos "rasgos generales" del capitalismo nacional (ibid. -- pág. 12).

Su fundamento científico es la interdependencia de las economías - nacionales, y la existencia de esta "unidad superior" que es la eco-

nomía mundial. Si, por ejemplo -escribe Trotsky- "se examinan la -- Gran Bretaña y la India como las variedades extremas de capitalismo, se llega a la conclusión de que el Internacionalismo de los proletarios ingleses e indios se basa en la interdependencia de las condiciones, de los fines y de los métodos, y no en su identidad" (ibid. págs. 15-16).

La interdependencia de las economías nacionales une los intereses de la burguesía a escala internacional, en la medida en que toda lucha de clases en cualquier parte del mundo repercute sobre el conjunto de las economías capitalistas. Las luchas de clases en los diferentes países, aunque no presenten las mismas características, están estrechamente ligadas.

EL PROCESO PRODUCTIVO ESTA JERARQUIZADO

5. El sistema productivo mundial está jerarquizado: esta estructurado en economías dominantes y economías dominadas. Esta estructuración es el resultado de las condiciones históricas del desarrollo del modo de producción capitalista. Estas condiciones provienen de la dialéctica del desarrollo desigual, o con más precisión de la *ley del desarrollo desigual y combinado*.
6. El capitalismo tiende a invadir el mundo entero, pero "actúa con sus métodos, es decir, con métodos anárquicos que minan su propio trabajo, oponiendo un país a otro, desarrollando ciertas partes de la economía mundial a costa de frenar y retardar el desarrollo de otros sectores (L.T. "La Internacional Comunista después de Lenin, - tomo 1, págs. 104-105). El desarrollo mundial del capitalismo es un desarrollo desigual.
7. Se trata, al mismo tiempo, de un desarrollo combinado en el sentido de que la constante presión económica y política ejercida por los países capitalistas avanzados fuerza a los países atrasados a proceder a saltos, a adoptar de golpe las técnicas de los países más avanzados para no sucumbir: "forzado a colocarse a remolque de los países avanzados, un país atrasado nunca se conforma con el orden de sucesión", escribió Trotsky ("Historia de la Revolución Rusa" pág. 41). Más tarde, precisará, "no olvidemos que el retraso histórico es una noción relativa. Si hay países avanzados y retrasados, también es cierto que existe una acción recíproca entre ellos; hay una presión de los países avanzados sobre los atrasados; existe la necesidad para los países atrasados de alcanzar a los progresistas, de recurrir a su técnica, su ciencia, etc. Es, por ello, que surge un tipo de desarrollo combinado: los caracteres más retardatarios conviven con el último grito de la técnica mundial...". Así, si tomamos el caso de Rusia antes de la revolución, "mientras que la economía campesina seguía estando en general al nivel del siglo XVII, la industria rusa, si no por su capacidad, al menos por su calidad técnica, se colocaba al nivel de los países avanzados e incluso los sobre pasaba en muchos aspectos... Este hecho no es fácil de conciliar con la interpretación simplista del retraso económico de Rusia. De cualquier forma, no contradice el retraso, sino que lo completa dialécticamente" (L.T. La revolución rusa en la "Revolución Permanente en Rusia", *Classique Rouge* n°1, págs. 42-43).
8. Las particularidades nacionales no son más que "el producto final y más general de la desigualdad del desarrollo histórico". No son más que la "cristalización de las desigualdades de formación" -- (L.T. "La Revolución Permanente", pág. 13).
9. El desarrollo desigual se produce a distintos niveles, relacionando unos con otros: entre la industria y la agricultura, entre

ramas, entre países. Si hemos de atender al desarrollo desigual entre países, la desigualdad más flagrante es la que separa al bloque de los países capitalistas industrializados del bloque de los países llamados subdesarrollados. Si bien esta es la más flagrante, no es la única, pues las economías que constituyen el bloque capitalista avanzado no crecen al mismo ritmo.

Sin embargo, las desigualdades son, en este caso, de una naturaleza distinta, ya que el desarrollo desigual concierne en este caso a países en los que está firmemente establecido el sistema capitalista. En el primer caso, por el contrario, el desarrollo desigual es causa al mismo tiempo que resultado de la dominación del sistema capitalista internacional sobre países que no conocen un verdadero capitalismo nacional.

10. Al introducirse en países donde reina un sistema de producción precapitalista, el sistema capitalista:
- A) destruye progresivamente la economía doméstica incapaz de sostener la competencia u obligada a plegarse a las condiciones de los países capitalistas dominantes. El impacto de las mercancías procedentes de los países capitalistas desarrollados provoca la dislocación de las estructuras de producción locales;
 - B) desarrolla un sector volcado hacia la exportación, que utiliza -- las técnicas de producción más modernas.

De esta evolución resulta, en los países coloniales y semicoloniales, una estructura de producción compleja: sectores muy desarrollados cuya actividad está dirigida hacia el exterior, coexisten con -- los sectores más atrasados dirigidos hacia el mercado interior. Esta estructura particular frena la industrialización sobre una base capitalista nacional.

El desarrollo desigual y combinado lleva consigo una estructura de clases muy particular en los países coloniales y semicoloniales. En efecto, la burguesía nacional es en ellos extremadamente débil, y depende esencialmente del imperialismo extranjero. Es incapaz de hacer una revolución burguesa e instaurar un modo de producción capitalista sobre bases nacionales. Sin embargo, debido a la existencia de sectores muy desarrollados, el proletariado industrial y agrícola está muy concentrado en los centros urbanos o en grandes explotaciones. El campesinado, de por sí, no posee más que pequeñas parcelas poco rentables.

Si la dominación de los países imperialistas bloquea la industrialización de los países coloniales y semicoloniales, el retraso industrial de éstos últimos países permite, por el contrario, un desarrollo acrecentado de los países del bloque dominante (cambio desigual, plusvalías).

11. Para explicar las diferencias de ritmos de desarrollo de las economías que constituyen el bloque dominante, el análisis no puede basarse en el enfrentamiento de sistemas económicos diferentes. Debe estar basado en las condiciones históricas propias al desarrollo de cada uno de los países considerados. Desde este punto de vista se -- pueden distinguir tres etapas en el análisis del desarrollo desigual de los países capitalistas desarrollados:

A) En una primera etapa se ha asistido al desarrollo del capitalismo industrial en Inglaterra y al declive del capitalismo comercial -- en Holanda y en Italia. El desarrollo mismo del capitalismo comercial y bancario en Holanda, en Italia, en Alemania y, en menor medida, en Francia, bloquea el desarrollo industrial, en efecto, en lugar

de invertir sus recursos en la producción industrial, los comerciantes se esfuerzan en continuar beneficiándose de su posición de monopolio. En la medida en que su poder está ligado al modo de producción comercial, no desean ningún cambio de este tipo de producción y prefieren defender las ventajas obtenidas. Son pues incapaces de modificar las técnicas de producción y de suscitar una mayor división del trabajo.

Al mismo tiempo en Inglaterra se desarrolla la producción industrial: los comerciantes ingleses confrontados a la competencia de los monopolios flamencos e italianos, se vuelven hacia la industria, esforzándose por organizarla con métodos modernos.

Vemos así que el desarrollo del capitalismo comercial pueda, a partir de un cierto momento, frenar el paso a un estadio superior del desarrollo, mientras que favorece el desarrollo de la industria en otros países, que se benefician de condiciones históricas particularmente favorables.

Después, Inglaterra se desarrolla por saltos sucesivos gracias a la introducción de nuevas técnicas de producción. Estas provocan una división del trabajo mayor y aceleran el desarrollo industrial.

Paralelamente, beneficiándose de una supremacía total en la producción industrial, la burguesía inglesa se lanza a la conquista de los mercados exteriores.

B En una segunda etapa, a partir del final del siglo XIX, la burguesía inglesa va a ser desbordada por otras burguesías de países capitalistas avanzados. Pronto, en efecto, la ventaja de Inglaterra empuja a los comerciantes capitalistas de los otros países europeos a reorientarse hacia la producción industrial. El proceso seguido no es en absoluto el mismo que el que concierne al impacto del sistema capitalista sobre sistemas de producción anteriores. Aquí nos encontramos frente a propietarios de importantes recursos adquiridos por el comercio y, en particular, por sus propios medios, sin ayuda extranjera. Estos propietarios están firmemente decididos a defender sus riquezas. Para lograrlo, la mayoría de las economías europeas acuden al proteccionismo con el objeto de cerrar el camino a las mercancías inglesas. El Estado burgués juega entonces un papel importante.

La relación que se establece entre el desarrollo de Inglaterra y el desarrollo de otros países europeos es una relación recíproca. En efecto, Inglaterra, estorbada por las barreras aduaneras, necesita del desarrollo de las otras economías europeas, puesto que solo éste puede abrir de nuevo las fronteras a las mercancías inglesas.

Por otra parte, los países europeos se benefician de los avances económicos de Inglaterra: aprovechan los descubrimientos técnicos que resultan de este avance.

A partir de un cierto estadio, la absorción por los países capitalistas atrasados de las técnicas de producción más modernas, puestas a punto por la industria inglesa, permite en las economías atrasadas el desarrollo de nuevas ramas de producción, caracterizadas por una división del trabajo más avanzada y por una mayor concentración de capitales. A partir de este momento tiene lugar una redistribución del trabajo a escala mundial, emplazando en una situación favorable a los países que poseen las condiciones históricas más favorables para el desarrollo de estas nuevas ramas de producción.

Por el contrario, Inglaterra, una vez despojada del monopolio que detentaba

hasta entonces la supremacía en el sistema productivo mundial envejece, siendo muy difícil su reconversión.

Es este principio general el que explica el formidable desarrollo de EEUU a partir de final del siglo XIX, así como el de Alemania. Las nuevas ramas de producción (petróleo, electricidad, industria química) encuentran unas condiciones de desarrollo más favorables en los EEUU y en Alemania.

Estas nuevas ramas de producción necesitan de importantes inversiones que no pueden ser realizadas sino por potentes sociedades. La concentración y la centralización se aceleran y permiten un crecimiento de la industria todavía mayor. Es revelador el hecho de que la concentración de capital en Alemania y los EEUU haya sido mayor a la que conocieron los países capitalistas avanzados durante el siglo XIX, especialmente Inglaterra.

Pronto otros países entran en la competencia intercapitalista: Japón, Rusia e Italia. Estos países también se benefician del desarrollo de otras economías, de las que asimilan las técnicas más modernas. Sin pasar por el estudio del capitalismo de competencia, la estructura industrial de estos países conoce rápidamente una transición importante en la concentración y centralización de capitales. El desarrollo de estas economías supone un declive aun más pronunciado de Inglaterra, sometida a una competencia cada vez más cerrada.

Si los EEUU se benefician, al igual que Alemania, del progreso de la economía inglesa, el ritmo de desarrollo de estos dos países no es el mismo, en la medida en que la economía americana tenía a su favor un cierto número de factores históricos que no había conocido la economía alemana. Estos factores históricos son el resultado de la importancia del sistema capitalista en un país cuyo desarrollo no puede ser estorbado por ningún modo de producción precapitalista. La ventaja de los EEUU les permite exportar mercancías y capitales en condiciones extremadamente favorables: se benefician, efectivamente, del retraso relativo de los otros países capitalistas industrializados.

La dominación de la burguesía americana comienza realmente después de la I Guerra Mundial, mientras las burguesías europeas se des- trozaban entre sí, tratando cada una de suplantarse a las otras mediante la conquista de los mercados exteriores. Esta dominación se consolidó en el período que separa las dos guerras mundiales.

C En una tercera etapa, que caracteriza a la época actual, la burguesía americana vuelve a ser de nuevo víctima del desarrollo desigual, especialmente en beneficio de la burguesía alemana y japonesa. Aunque hoy todavía domina a nivel absoluto, se encuentra en un declive relativo. En esta competencia las burguesías alemana y japonesa se aprovechan todavía de las posibilidades de explotación que les ha dejado la derrota de sus movimientos obreros por el fascismo y la "ayuda" que les proporcionó la burguesía americana después de la II Guerra Mundial. Esta ayuda venía, a la vez, a reforzar a las burguesías nacionales y a procurar mercados a la burguesía americana. Aportándoles su ayuda, la burguesía americana benefició a estas burguesías con sus propias técnicas de producción y con su avanzada división del trabajo. De esa forma, la burguesía americana se convirtió en víctima de su propio adelanto, en la medida en que éste permitió un desarrollo importante de las economías europeas, sobre todo alemana y japonesa, creando una creciente contradicción con el poderío de la burguesía americana. Así, la burguesía de los EEUU no puede mantener su hegemonía mas que reproduciendo las condiciones de una competencia internacional cerrada.

II. EL DESARROLLO DESIGUAL Y COMBINADO SE EXACERBA EN LA ETAPA IMPERIALISTA DEL CAPITALISMO

12. La etapa imperialista del capitalismo es la época de las guerras, las crisis y las revoluciones. Según la nota de Trotsky, "mientras la época vivida por Europa entre 1871 y 1914, o al menos 1905, ha visto acumularse las contradicciones, las relaciones entre las clases han sido, sin embargo, mantenidas en los límites de la lucha legal, y las relaciones entre Estados en el marco de la paz armada. Es entonces cuando surge, se desarrolla y después se petrifica la III Internacional, cuyo papel progresista se acaba con la guerra imperialista. La política considerada como fuerza histórica de masas, se retrasa siempre con respecto a la economía. Si el reinado del capitalismo financiero y del monopolio de los trusts comienza ya a finales del siglo XIX, la nueva época que refleja este hecho en la vida política mundial, comienza con la guerra imperialista, con la revolución de Octubre y la creación de la III Internacional" (L.T. "La Internacional Comunista después de Lenin", pág. 177).

La premisa objetiva sobre la que se basa la construcción de la III Internacional era precisamente la siguiente: "El periodo actual es el de la descomposición y el hundimiento de todo el sistema capitalista mundial, y será el del hundimiento de la civilización europea si no destruimos el capitalismo y sus contradicciones insolubles" -- (Carta de invitación al Partido Comunista Alemán, en los cuatro primeros congresos).

Por eso precisamente, "la época imperialista es la época de la revolución proletaria" (L.T. "La Internacional Comunista después de Lenin", pág. 176).

13. La etapa imperialista se caracteriza, como lo ha mostrado Lenin, por la dominación de los monopolios, la fusión del capital bancario e industrial en capital financiero, el reparto del mundo entre grupos y grandes potencias, y la putrefacción (existencia de una tendencia al estancamiento).

EL IMPERIALISMO HA CONOCIDO VARIAS FASES

14. La tendencia al estancamiento, ligada al capitalismo de los monopolios, ha prevalecido durante el periodo comprendido entre las dos guerras mundiales.

Ha predominado sobre la tendencia a la acumulación y se ha materializado históricamente en las crisis de los años '30, manifestándose por el estancamiento de la producción y el desarrollo de un importante paro permanente en las mismas metrópolis imperialistas.

Sin embargo el capitalismo no estaba mecánicamente condenado; Trotsky preguntaba: "¿Puede asegurarse la burguesía una época de crecimiento capitalista?; negar tal posibilidad, hablar solamente de la situación sin salida del capitalismo, sería simple verbalismo revolucionario". "No hay situación económica sin salida para el capitalismo" (Lenin). "El estado actual de equilibrio inestable en que se encuentran las clases en los países europeos, precisamente a causa de esa inestabilidad, no puede durar indefinidamente" (L.T. "La Internacional Comunista después de Lenin", pág. 158).

Más precisamente, la profunda crisis de los años '30, no podía en

contrar otra solución que no fuera una solución política; se concretaba en la alternativa entre socialismo y barbarie. O bien "el proletariado sabe encontrar el camino para salir de la presente situación inestable por la vía revolucionaria e impide un nuevo ascenso del capitalismo mundial" (ibid. págs. 159-160) o bien será la barbarie.

La desviación de las luchas obreras hacia experiencias de tipo -- Frente Popular iba a permitir a la burguesía realizar la solución política provisional a sus contradicciones económicas: el fascismo.

El fascismo iba a aplastar al movimiento obrero, a permitir un -- nuevo aumento de la tasa de explotación de los trabajadores, y a ensanchar los márgenes de manobra de la burguesía, permitiéndole una importante acumulación.

15. A partir de la II Guerra Mundial, la tendencia al estancamiento, sin desaparecer, iba a ser contrarrestada por la capacidad de -- acumulación, y el desarrollo de las fuerzas productivas iba a caracterizar de nuevo el funcionamiento del capitalismo, al menos en los países capitalistas avanzados. La expansión de la economía imperialista no era un producto automático de fuerzas económicas espontáneas, sino el producto del aplastamiento del movimiento obrero por -- el fascismo y de las traiciones a las posibilidades revolucionarias -- del proletariado europeo por parte de las direcciones socialdemócratas y stalinistas al término de la II Guerra Mundial.

De 1945 a 1960 se han manifestado con menos vigor que antes ciertas contradicciones en el sistema capitalista: fluctuaciones menos amplias, crisis no catastróficas, paro permanente mas débil que en -- el periodo entreguerra.

Estos fenómenos tienen tres causas esenciales:

- A) las intervenciones económicas del Estado burgués intentando garantizar los beneficios de los monopolios. Es necesario resaltar el papel esencial jugado por los gastos militares, mantenidos a un nivel considerable y de forma permanente, lo que es un fenómeno -- sin precedentes en la historia del capitalismo. Estos gastos son la fuente de encargos muy importantes y muy beneficiosos a sectores clave de la industria privada.
- B) la necesidad del gran capital de mantener o acrecentar sus beneficios, integrando las últimas innovaciones tecnológicas, le ha con-- ducido a proponer la apertura de fronteras. De aquí ha surgido -- una agravación de la competencia entre los grandes trusts, a ni-- vel nacional, y después internacional. Los grandes trusts se han visto obligados por tanto a acumular a un ritmo importante.
- C) la puesta en práctica de un sistema neocolonial de explotación, -- que ha permitido el "pillaje" de los países llamados subdesarrollados: los beneficios obtenidos en estos países por la metrópolis imperialistas han sido muy considerables.

Al margen de estos cambio de funcionamiento, el capitalismo, sin-- embargo, no ha cambiado ni de naturaleza (explotación de la fuerza -- de trabajo por el Capital, competencia intercapitalista), ni de lógica (las contradicciones que rigen su funcionamiento: crisis, concen-- tración, pero, imperialismo, se manifiestan siempre, incluso si el -- peso específico de cada una d las contradicciones no es el mismo -- que antes).

Además esta nueva fase de la historia del capitalismo iba a añad-- ir motivos suplementarios a la crisis y otras contradicciones. En -- los países capitalistas avanzados se percibe claramente que dos de -- los elementos esenciales para caracterizar el funcionamiento del sis

tema desde 1945: la acción de los monopolios buscando aumentar sus tasas de beneficio y la del Estado burgués, buscando garantizar esos aumentos, van reflejarse sus intervenciones a nivel monetario por -- una subida permanente de precios, calificada de inflación crónica, fenómeno nuevo (aada su permanencia) en la historia del capitalismo. Por otra parte en los países coloniales y semicoloniales, la dominación del imperialismo iba a tener como consecuencia el estancamiento de las economías de estos países, la concentración creciente de los beneficios, y la importancia del paro en estas zonas, bases objetivas para la lucha de clases y la revolución colonial, cuya importancia desde 1945 es suficientemente conocida.

A partir de los años '60 van a aumentar estas contradicciones. Este aumento permite hablar de una crisis del "neocapitalismo" y hace entrar de nuevo claramente la alternativa "socialismo o barbarie".

16. Desde comienzos de los años '60, después de una quincena de años, durante los cuales la revolución mundial había estado de hecho -- casi limitada al sector de los países coloniales y semicoloniales, un nuevo período se ha abierto con un ascenso generalizado de las luchas obreras en Europa Occidental. Este ascenso, acompañado de una grave crisis de dirección del imperialismo USA después de los acontecimientos de Vietnam, ha permitido a la revolución colonial adquirir nueva fuerza. Jamás en la historia contemporánea se había asistido a un auge internacional de luchas semejante (además, hay que recordar los poderosos movimientos de masas que se han desarrollado en los Estados obreros burocráticamente degenerados). Este auge de las luchas, la multiplicación de las crisis revolucionarias a partir de los años '60, atestiguan, de hecho, la exacerbación a escala internacional de las contradicciones capitalistas.

En los países capitalistas avanzados, a partir de los años '60 -- van a manifestarse dificultades acusadas, tanto a nivel de creación de plusvalía suplementaria (esto, relacionado con el mismo desarrollo de la combatividad obrera) como a nivel de realización de la -- plusvalía.

A este respecto, se ha desarrollado una crisis de mercados, ligada a la dificultad que los gastos militares continúan creciendo al mismo ritmo, y a la aparición de una tendencia a la existencia de -- una demanda privada (de bienes de equipo y de consumo) insuficiente.

Estas crecientes dificultades de realización han tenido como consecuencia una exacerbación de la competencia capitalista, y una internacionalización acrecentada de los movimientos de capitales, que exigen que las burguesías luchen más resueltamente contra la inflación: de ahí la necesidad de poner en práctica una doble política -- de integración y represión del movimiento obrero.

Esta política, cuyo éxito es una condición sine qua non para que el capital pueda desarrollarse de manera orgánica, se enfrenta a la resistencia de la clase obrera (cf. no solamente en Mayo 68 en Francia y en Italia, sino también en movimientos huelguísticos de países como la RFA o Suecia, donde la clase obrera había desarrollado poco sus luchas desde 1945).

La resistencia de la clase obrera impide toda posibilidad de desarrollo orgánico del capital, y las contradicciones se agudizan entonces desde un doble punto de vista:

- A) asistimos a un aumento importante, desde hace algunos años, del -- paro permanente en los propios países capitalistas avanzados.
- B) la competencia entre las diversas burguesías nacionales se desa--

rolla de manera aún más aguda. Esta agravación de la competencia se refleja en la crisis permanente del sistema monetario internacional desde los años '60. La crisis del sistema monetario internacional no es sino la expresión de las contradicciones que se desarrollan en el seno del proceso productivo mundial; más precisamente la competencia intercapitalista exacerbada pone en cuestión la jerarquía existente en el seno del proceso productivo mundial, y por ello pone en cuestión la jerarquía de las monedas nacionales, provocando la crisis del Sistema Monetario Internacional.

En los países coloniales y semicoloniales, hay que tener en cuenta:

- A) que tras la crisis del capitalismo mundial en los años '30, que paradójicamente pudo ser favorable al lanzamiento de una industrialización relativa -en principio destinada a sustituir las importaciones- de un cierto número de economías subdesarrolladas, -por lo tanto favorable a la aparición de un esbozo de burguesía nacional y a la constitución de un proletariado joven, las dificultades crecientes de acumular capital de manera autónoma, una vez superada la crisis del capitalismo mundial, mina las bases sobre las que se asentaba la burguesía nacional. Esta se transforma en burguesía asociada al capital extranjero.
- B) que el estancamiento de las economías de estos países y los movimientos revolucionarios que se desarrollaron en ellos son más graves para las burguesías de los países capitalistas más avanzados, ya que deben hacer frente a una crisis de mercados. La exacerbación de las contradicciones manifiesta en definitiva la quiebra del sistema y la actualidad de la revolución. Para hacer frente a las dificultades económicas en ascenso y a las contradicciones --exacerbadas, es probable que, frente a la clase obrera que se radicaliza, la burguesía no dispone de otra solución que la de aplastar el movimiento obrero.

Esta es la razón por la que aparece de nuevo claramente la alternativa entre socialismo y barbarie.

LA EXACERBACION DEL DESARROLLO DESIGUAL Y COMBINADO

17. A la luz de lo dicho anteriormente sobre las diversas fases del imperialismo, se ve como el desarrollo desigual y combinado se exagera en la etapa imperialista del capitalismo. Como anotaba Trotsky, "el imperialismo ~~reunifica~~ todavía más estas dos tendencias (la tendencia a invadir el mundo entero y la tendencia a hacerlo de manera anárquica, es decir suscitando un desarrollo desigual -J.Valier), en razón de la universalidad, de la movilidad y la dispersión del capital financiero, esa fuerza viva del imperialismo. Con una rapidez y una profundidad desconocidas hasta hoy, el imperialismo reúne en una sola unidad los diversos conjuntos nacionales y continentales, creando entre ellos una rigurosa y vital dependencia, concentrando sus sistemas económicos, sus formas sociales y sus niveles de desarrollo. Al mismo tiempo, el imperialismo persigue sus fines con procedimientos tan contradictorios, realizando tales saltos, entregando se a tales saqueos en los países y regiones más atrasadas, que la unificación y el nivelamiento de la economía mundial se verifica con más violencias y convulsiones que en todas las épocas precedentes" - (L.T. "La Internacional Comunista después de Lenin", pág. 105).

La ausencia de desarrollo orgánico del capital a nivel internacional, significa que el capitalismo no puede desarrollarse más que a costa de una ardua concurrencia entre las metrópolis imperialistas. Esta concurrencia concierne en un primer momento a la conquista de los mercados coloniales. Más tarde se traslada al seno mismo de --

de las metrópolis, llevándolas a una interdependencia acrecentada. - Después de la II Guerra Mundial, los intercambios de mercancías entre los países capitalistas avanzados han aumentado considerablemente. Esto ha sido igual en lo que respecta a los movimientos de capitales. Progresivamente estos países han restringido de forma relativa sus exportaciones a los países coloniales y semicoloniales, para multiplicar sus intercambios recíprocos. Paralelamente se ha desarrollado una tendencia a la interpenetración de capitales en el seno de estos mismos grupos de países y en particular en Europa Occidental.

Estos fenómenos no significan que los países coloniales y semicoloniales no jueguen ya un papel importante para los países imperialistas. En efecto, si tomamos, por ejemplo el caso de la burguesía americana, nos damos cuenta de que los beneficios considerables que extrae de los países subdesarrollados, especialmente de América Latina y que son más importantes que la masa de capitales que introduce en ellos, son una fuente decisiva de capitales a exportar hacia Europa Occidental.

18. Paralelamente, el imperialismo aviva en extremo la contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas y la compartimentación que separa los Estados nacionales. El acrecentamiento de la -- competencia intercapitalista, en la etapa imperialista, entra cada vez en contradicción directa con el caduco marco del Estado nacional.

III. LA ACTUALIDAD DE LA REVOLUCION PERMANENTE

19. El esquema de desarrollo del capitalismo según la ley del desarrollo desigual y combinado, *exacerbado en la etapa imperialista*, es el fundamento objetivo de la estrategia de la revolución permanente.

20. Este esquema implica que la estrategia de la revolución permanente tiene una doble significación:

A Significa la *actualidad de la revolución proletaria*. El esquema "elimina la cuestión de países 'maduros' e 'inmaduros' para el socialismo"... En la medida en que el capitalismo ha creado el mercado mundial, la división mundial del trabajo y las fuerzas productivas mundiales, ha preparado al conjunto de la economía mundial para la transformación socialista. Los diferentes países llegarán con ritmos diferentes. En ciertas circunstancias, los países atrasados pueden llegar a la Dictadura del proletariado más rápidamente que otros países más adelantados" (L.T. "La Revolución Permanente", pág. 233).

La ley del desarrollo desigual y combinado, sobre todo en la etapa imperialista, significa que no existen premisas económicas insuperables para la revolución proletaria, incluso en los países atrasados. Sólo la Dictadura del proletariado, tanto en los países atrasados como en los adelantados, puede permitir un acrecentamiento cuantitativo, pero sobre todo cualitativo de las fuerzas productivas. Esto no significa que todos los países estén igualmente preparados para hacer esta revolución, sino que no hay condiciones objetivas que esporádicamente, ni siquiera que suscitar antes de 'preparar al proletariado' para que realice sus tareas históricas.

Esta es una de las implicaciones políticas de la ley del desarrollo desigual y combinado. La alternativa *socialismo o barbarie* no es una perspectiva catastrófica, sino la comprensión de la tendencia fundamental de la época. Significa que la tarea urgente del momento es la preparación del proletariado y de su vanguardia para la resolución de las contradicciones del capitalismo putrefacto, tanto en los

países avanzados como en los atrasados.

B Significa que es imposible construir el socialismo en un sólo país:

La ley del desarrollo desigual y combinado implica que los mismos países atrasados que "pueden llegar a la Dictadura del proletariado" más rápidamente que los países avanzados...., llegarán al socialismo más tarde que éstos" (Ibid. pág. 233).

21. La revolución proletaria está en todas partes a la orden del día. El internacionalismo, por consiguiente, no es un simple principio, sino la expresión política de la ley del desarrollo desigual y combinado. "La teoría de la revolución permanente observa el carácter internacional de la revolución socialista que resulta del estado actual de la humanidad. El internacionalismo no es un principio abstracto, constituye la expresión teórica y política del carácter internacional de la economía, del desarrollo mundial de las fuerzas productivas y del ímpetu mundial de la lucha de clases" (Ibid. pág. 233).

LA ACTUALIDAD DE LA REVOLUCION PROLETARIA

A. EN LOS PAISES CAPITALISTAS AVANZADOS

22. A la luz del análisis que hemos presentado del desarrollo del capitalismo después de la Primera Guerra Mundial, es claro que las condiciones objetivas, bajo la forma específica de unas fuerzas productivas suficientemente desarrolladas, existen para la revolución proletaria en los países capitalistas avanzados. Como decía Trotsky, ya en el año 1938, "las premisas objetivas de la revolución proletaria no sólo están maduras sino que han comenzado a pudrirse" (L.T. "Programa de Transición", pág. 2). En efecto, hemos visto como el imperialismo se caracterizaba por la putrefacción, es decir, por la existencia permanente de una tendencia al estancamiento; cómo esta tendencia se ha materializado en la crisis de los años '30; cómo la burguesía, a causa de la desviación de las luchas obreras, ha impuesto la "barbarie", es decir el fascismo, como solución política provisional a sus contradicciones políticas exacerbadas; cómo el desarrollo de las fuerzas productivas a partir de la II Guerra Mundial no ha hecho desaparecer la tendencia al estancamiento y ha desconsolidado, esencialmente, en los gastos militares; cómo, en fin, la exacerbación de las contradicciones económicas desde los años '60 amenaza, de nuevo, con desembocar en el aplastamiento del movimiento obrero.

23. Queda el factor subjetivo. Lo que afirmaba Trotsky a este respecto tiene todavía vigencia: "La crisis histórica de la Humanidad se reduce a la crisis de la dirección revolucionaria" (Ibid. pág. 2).

Los periodos de estabilización del imperialismo no se han dado --mas que en función de las derrotas del proletariado, y en estas derrotas las direcciones stalinistas tienen una pesada responsabilidad. Es necesario comprender, escribe Trotsky, y esto se aplica también al período que sigue a la II Guerra Mundial, "que la causa fundamental de la pretendida estabilización es la contradicción existente entre, por una parte, el quebranto general en el que está sumido toda la vida económica y social de la Europa capitalista y del Oriente colonial, y por otra, la debilidad, la falta de preparación, la falta de resolución de los partidos comunistas, los errores crueles de su dirección" (L.T. "La internacional Comunista después de Lenin", pág. 181).

Se trata de afirmar con esto que la crisis del capitalismo no significa, en sí, el fin de la dominación de la burguesía; el factor sub

jetivo juega un papel determinante: la responsabilidad de las direcciones stalinistas en el aborto de importantes crisis revolucionarias (China 1925-27, Mayo '68, pasando por la Inglaterra de 1926, el Frente Popular de 1936, el Frente Nacional de 1945, etc) es una demostración "a contrario".

Ahora bien, no es cuestión de pretender que las situaciones revolucionarias existan siempre: "La escolástica no quiere comprender -- que entre el determinismo mecánico (fatalista) y la arbitrariedad -- subjetiva, está la dialéctica materialista" (ibid. págs. 70-71).

Se afirma simplemente que la madurez general (e incluso la podredumbre) de la situación objetiva (a pesar de los flujos y reflujos), convierte en determinante al factor subjetivo.

El papel de una dirección revolucionaria es cada vez más importante en la medida en que el imperialismo se caracteriza por la "inestabilidad extrema de todo el sistema, cuyas bases son carcomidas por contradicciones insalvables" (ibid. pág. 180). De esta forma, "el carácter revolucionario de la época no consiste en que permita en cada instante la revolución, es decir, la toma del poder. Este carácter revolucionario está asegurado por profundas y bruscas oscilaciones, por cambios, por variaciones profundas y brutales... En estas circunstancias, el papel de la dirección del partido cobra una importancia excepcional. Las palabras de Lenin, según las cuales dos o tres días pueden decidir la suerte de la revolución internacional, no podían ser comprendidas en los tiempos de la II Internacional. En nuestra época, por el contrario, estas palabras han tenido demasiadas confirmaciones negativas, con la excepción de la Revolución de Octubre" (ibid. pag. 179 y 181).

En la etapa imperialista, "la clave de todo el proceso histórico-pasa al factor subjetivo, es decir al Partido. El oportunismo tiende siempre a subestimar la importancia del factor subjetivo, es decir - la importancia del partido y de la dirección revolucionaria... Bajo la perspectiva teórica general, esta forma de proceder es falsa, y - en la época imperialista se nos muestra como funesta" (ibid. págs. - 182-185).

24. Igualmente la exacerbación de las contradicciones económicas en los países capitalistas avanzados desde los años '60 no hace más que plantear la alternativa entre *socialismo y barbarie*. La crisis - objetiva no conducirá jamás fatal ni automáticamente al derrumbe del capitalismo. Esa crisis no hace sino crear las condiciones cada vez mas favorables a la intervención consecuente de la clase obrera dirigida por su vanguardia hasta el derrocamiento del Estado burgués. La victoria de la revolución proletaria depende, en última instancia, de la existencia de una Internacional revolucionaria de masas, capaz de conducir a la clase obrera a la victoria.

B. EN LOS PAISES COLONIALES Y SEMICOLONIALES

25. La ley del desarrollo desigual y combinado tiene cinco implicaciones esenciales en los países coloniales y semicoloniales.

26. La burguesía es incapaz en ellos de dar una solución verdadera y completa a las tareas democráticas burguesas y de liberación nacional. Débil, ligada al imperialismo extranjero y a los terratenientes, debiendo hacer frente a un proletariado joven y fuertemente con centrado (en función del desarrollo combinado), es incapaz de cumplir las tareas de la revolución burguesa.

El primer gran ejemplo histórico se dió en Rusia de Febrero a Oc-

tubre de 1917: como dice Trotsky, "la revolución de Febrero se mostró impotente para resolver tanto la cuestión agraria como la cuestión nacional. El campesinado y las nacionalidades oprimidas de Rusia se vieron obligados luchando por tareas democráticas a apoyar la revolución de Octubre" (L.T. "La Internacional Comunista después de Lenin", pág. 507).

Más adelante numerosos ejemplos históricos vienen a confirmar esta tesis, desde el Egipto nasseriano, hasta los países de América Latina, pasando por la India, Ceylan, o los países de África negra.

En América Latina, por ejemplo, la reinsertación en el proceso productivo mundial de las economías subdesarrolladas después de la crisis del capitalismo mundial de los años '30, ha significado una sumisión de la acumulación del capital a las leyes de la acumulación mundial. Las burguesías nacionales nacientes se han visto obligadas a invertir según las formas que les imponían los capitalistas de los países avanzados so pena de sucumbir: de ahí la existencia de importantes capacidades de producción. Pero, frente a estas capacidades, el mercado, en razón de la fuerte concentración de las rentas y de la débil expansión del empleo productivo, era insuficiente. Para compensar esta insuficiencia, los capitalistas nacionales que fabricaban bienes de equipo, aumentaron sus precios. Pero desde ese instante se vieron sometidos a la competencia de las empresas extranjeras. Poco a poco se asistió a una dominación creciente del capital extranjero. La burguesía nacional naciente se transformó en burguesía asociada al capital extranjero.

27. Para los países coloniales y semicoloniales, la teoría de la revolución permanente significa pues "que la resolución verdadera y completa de sus tareas democráticas y de liberación nacional no puede ser otra cosa que la Dictadura del proletariado, que se coloca a la cabeza de la nación oprimida, ante todo de las masas campesinas" (L.T. "La Revolución Permanente", pág. 228).

Como las tareas democrático-burguesas no pueden ser llevadas a cabo más que por una Dictadura del proletariado, es evidente que el proletariado de los países atrasados, si sabe arrastrar tras de sí a las masas campesinas, puede tomar el poder más rápidamente que en los países capitalistas más avanzados. Una de las ideas esenciales de la teoría de la revolución permanente, tal como Trotsky la aplica a Rusia era que el desarrollo desigual y combinado, forzaría al proletariado del país capitalista más atrasado a tomar primero el poder "hemos explicado, a fin de cuentas, la revolución de Octubre, no por el Estado atrasado de Rusia, sino por la ley del desarrollo combinado. La dialéctica histórica no conoce estados puros y simplemente atrasados, ... todo consiste en reciprocidades concretas... Precisamente porque la democracia pequeña burguesa rusa no pudo realizar la tarea histórica que su hermana mayor había realizado en Occidente" (L.T. "La Internacional Comunista después de Lenin", págs. 499 y 507).

Sabido es cómo Lenin sostuvo las mismas tesis en Abril de 1917.

28. La importancia de las cuestiones agrarias y nacionales, asigna al campesinado, que constituye en general la mayoría de la población de los países atrasados, un papel extremadamente importante: "Sin una alianza entre el campesinado y el proletariado, las tareas de la revolución democrática no pueden ser resueltas, ni siquiera pueden ser planteadas seriamente. Pero una alianza de estas dos clases, no se realizará de otra manera más que con una lucha implacable contra la influencia de la burguesía liberal nacional" (L.T. "La Revolución Permanente", pág. 299).

Esta tesis era desde luego la definida por los primeros congresos de la III Internacional; en el II Congreso, en 1920, se afirmaba por ejemplo: "existen en los países oprimidos dos movimientos que cada día están más separados: el primero es el movimiento democrático burgués nacionalista, que tiene un programa de independencia política y de orden burgués; el otro es el de los obreros y los campesinos, ignorantes y pobres, que luchan para liberarse de toda clase de explotación. El primero trata de dirigir al segundo y en cierta medida ha tenido bastante éxito muchas veces. Pero la Internacional Comunista y los partidos que se adhieren a ella deben combatir esta tendencia y buscar cómo desarrollar la conciencia de ser una clase independiente en las masas obreras de las colonias. Una de las principales tareas a realizar con este fin, es la formación de partidos comunistas que organicen a los obreros y los campesinos y les conduzcan a la revolución y al establecimiento de una República Soviética" (Tesis sobre la cuestión colonial).

En dirección contraria a estas tesis van las *prácticas stalinistas*:

A En primer lugar las de la Internacional Comunista, bajo la dirección de Stalin: el ejemplo más característico se dió en la revolución china de 1925. En esta época, en efecto, la dirección de la Internacional Comunista declaró que, para los países coloniales y semicoloniales, el objetivo no podía ser el derrocamiento del capitalismo y la instauración de la Dictadura del proletariado apoyándose en el campesinado. El objetivo era "la dictadura democrática de obreros y campesinos". Este objetivo podía ser alcanzado por una coalición de clases, comprendiendo no solamente a la clase obrera y el campesinado, sino también a la burguesía nacional. Tal solución no tenía nada que ver con la alternativa de Lenin para Rusia en el curso de las discusiones posteriores a la revolución de 1905, y que había abandonado definitivamente en Abril de 1917, en la medida en que Lenin jamás había pensado en la colaboración con una corriente de la burguesía.

Además, en la revolución china de 1925, la dirección de la Internacional Comunista presentó al Kuomintang como un "bloque de clases", en cuyo seno los miembros del Partido Comunista Chino debían integrarse y disolverse, sin tener la posibilidad de expresar y desarrollar una política independiente. La dirección stalinista adoptaba de hecho la teoría *menchevíque* de la revolución por etapas.

B Las de los burócratas stalinistas sucesores de Stalin: sus prácticas han sido las mismas que las que se desarrollaron bajo la dirección de Stalin, ya se trate, para no tomar más que algunos ejemplos, del apoyo otorgado al Egipto de Nasser (recordemos que la burocracia del Kremlin exigió la disolución del Partido Comunista Egipcio en el seno del partido nasseriano, fiel a la tradición de Stalin empujando a la dirección del Partido Comunista Chino a disolverse en el seno del Kuomintang), o a la burguesía hindú, pasando por el apoyo al actual gobierno peruano, la entrega de armas (conjuntamente con el imperialismo USA) al actual gobierno ceilanés, o incluso el sostenimiento de numerosos gobiernos africanos. A este respecto los "teóricos" soviéticos han propuesto para los estados africanos, una noción nueva, la "democracia nacional", i que permitirá a esos países evitar o seguir la vía capitalista para llegar al socialismo, dependiendo la elección de los dirigentes africanos i.

A través de todos estos ejemplos, encontramos fundamentalmente la teoría menchevíque de la revolución por etapas, debiendo el proletariado, en una primera etapa, sostener a la "burguesía nacional" a la que se juzga capaz de cumplir las tareas democráticas / la liberación

ción nacional.

C. En cuanto a la actitud de la burocracia china, lo menos que se puede decir es que carga desde hace mucho tiempo con el pesado fardo del stalinismo. En efecto, aunque en China mismo, la dirección maoista ha tenido en conjunto una estrategia frente al problema de la revolución proletaria mucho más cercana de la revolución permanente que de la estrategia stalinista de la revolución por etapas, eso no quita:

1/ que a nivel teórico, la teoría del "bloqueo de clases" sea típicamente stalinista. Ciertamente en 1959, diez años después de la victoria de la revolución, los dirigentes chinos han presentado una teoría de la "revolución ininterrumpida por etapas", buscando teorizar su práctica y acercándose con ello a la teoría de la revolución permanente. Pero se esfuerzan a través de esta teoría en salvar su propio pasado político por artificios que llevan a salvar de hecho, la teoría stalinista del "bloqueo de clases".

2/ la actitud de la dirección maoista con respecto al gobierno de Sukarno en Indonesia (recordemos que Aidit, dirigente del Partido Comunista Indonesio, fué felicitado por su participación en el poder, en el marco de un estado que se decía "semiburgués y semiproletario", y que poco tiempo antes de la masacre de decenas de millares de obreros y campesinos por la burguesía con la que habían hecho alianza, Mao Tse Tung declaraba que bajo la dirección del Partido Comunista, el pueblo indonesio iba de victoria en victoria), o con respecto al gobierno ceilanés actual (China ha acordado un préstamo al gobierno ceilanés en pleno período de represión, mientras que el Partido Comunista Ceilanés renunciaba a toda lucha contra la represión actual, y acordaba su apoyo al gobierno), o incluso con respecto a un cierto número de gobiernos africanos; esta actitud, pues se sitúa en el marco de la más pura lógica stalinista.

29. La alianza del proletariado y el campesinado "no es concebible más que bajo la dirección política de la vanguardia proletaria organizada en el Partido Comunista... El papel del campesinado, por grande que sea su importancia revolucionaria, no puede ser un papel independiente y menos aún un papel dirigente. El campesino sigue al obrero o al burgués" (L.T. "La Revolución Permanente", págs. 229-230).

Notemos a este respecto, con Lenin, que "la fuerza del proletariado, en no importa que país capitalista, es infinitamente más grande que la proporción del proletariado con respecto a la población total. Esto es así porque el proletariado domina económicamente el centro y los nervios de todo el sistema capitalista, y también porque el proletariado, en el terreno económico y político, expresa bajo la dominación capitalista los intereses reales de la inmensa mayoría de los trabajadores. Así el proletariado, aún cuando constituye una minoría de la población (o cuando es la vanguardia del proletariado, consciente y verdaderamente revolucionaria, la que constituye esa minoría), es capaz de derribar a la burguesía y de arrastrar tras de sí numerosos aliados" (Lenin, Obras vol. XVI, 1919, pág. 458).

La historia de las revoluciones rusa, china o vietnamita, nos ha enseñado que, por muy importante que sea el campesinado, no juega ni un papel independiente, ni a fortiori dirigente.

30. A partir del momento en que instaura la Dictadura del proletariado, esta "se coloca inevitablemente, y muy rápidamente ante las tareas que la llevarán a hacer profundas incursiones en el derecho de la propiedad burguesa, la revolución democrática, en el curso de su desarrollo, se transforma definitivamente en revolución socialista y

se convierte así en revolución permanente" (L.T. "La Revolución Permanente", págs. 231-232). Desde el momento mismo en que el proletariado está en el poder, la transformación de las tareas democráticas en tareas socialista es inevitable (esto es lo que Marx entendía por revolución permanente; cf. su mensaje a la Liga de los Comunistas, - Marzo 1850).

Este fenómeno de transcrecimiento, apareció por primera vez en la URSS justo después de la Revolución de Octubre, se vuelve a encontrar tanto en la revolución china como en la vietnamita (ya se trate de la RDVN, o de las zonas liberadas del sur).

De manera más general, la misma dinámica de las luchas, ya sea en Asia o en América Latina, es una dinámica en la que sólo frentes de clase (proletariado-campesinado), dirigidos por el proletariado podrán verdadera y plenamente llevar a cabo las tareas democráticas de liberación nacional, y donde por el hecho mismo del papel dirigente del proletariado, se planteará el problema del transcrecimiento de la revolución democrática en revolución socialista.

31. El problema del transcrecimiento no es suficiente para definir el proceso de revolución permanente. Lo que la define igualmente, es la imposibilidad de limitarse a los marcos nacionales. Como lo hace notar Trotsky, "toda verdadera revolución en una sociedad capitalista, ..., y más particularmente ahora en la época imperialista, --- tiende a transformarse en revolución permanente, es decir, a no pararse en etapas a las que se ha llegado, a no limitarse a los marcos nacionales, sino a extenderse y a profundizar hasta... la abolición definitiva de las diferencias de clase.... Es en esto en lo que consiste la concepción marxista de la revolución socialista, que se distingue por eso de la revolución burguesa, limitada a su marco nacional y sus objetivos específicos" (L.T. "La Internacional Comunista - después de Lenin", págs. 374-375).

Es por esto por lo que, si la ley del desarrollo desigual y combinado permite definir un primer aspecto de la estrategia de la revolución permanente, la actualidad de la revolución proletaria en los países capitalistas avanzados o atrasados, permite igualmente definir el segundo aspecto: la imposibilidad del socialismo en un sólo país.

LA IMPOSIBILIDAD DEL "SOCIALISMO EN UN SOLO PAIS"

32. Los requisitos para saber si un país está maduro para la Dictadura del proletariado o para establecer el socialismo, no son absolutamente idénticos.

En cuanto al establecimiento del socialismo, nosotros pensamos, = con Trotsky que "la revolución socialista comienza en el terreno nacional, se desarrolla en la arena internacional y acaba en la arena mundial. Así la revolución socialista se convierte en permanente en un sentido nuevo y más amplio del término: no se acaba hasta el --- triundo definitivo de la nueva sociedad a escala planetaria" (L.T. - "La Revolución permanente", págs. 232-233).

Lenin pensaba igual, declarando en Marzo de 1918: "cuanto mas --- atrasado esté un país que ha comenzado, en razón del curso sinuoso de su historia, la revolución socialista, más difícil es para él pasar de las antiguas relaciones capitalistas a las relaciones socialistas".

Esta imposibilidad del socialismo en un sólo país significa:

A) La imposibilidad de establecer en un sólo país el socialismo, en

en sentido de "fase superior", o de comunismo propiamente dicho.
 B) La existencia de contradicciones que se agravan en el marco de -- una sociedad de transición entre el capitalismo y el socialismo, limitada a un sólo país.

33. La realización del comunismo y la desaparición de las normas burguesas de distribución, implican un desarrollo extremadamente importante de las fuerzas productivas y la existencia de la abundancia

Es evidente que esta condición implica cuando menos la victoria de la revolución en los principales países capitalistas desarrollados, y la imposibilidad de realizar el socialismo en un sólo país, -- sobre todo en un país atrasado. Como hacía notar Lenin en 1917 a propósito de Rusia: "el proletariado ruso no puede con sus propias -- fuerzas acabar victoriosamente la revolución socialista" (Lenin, -- Obras vol. XXIII, pág. 400).

Particularmente, aparece como ridícula la idea de Bujarin-Stalin defendida en el XIV Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética sobre la posibilidad de construir el socialismo "incluso a paso de tortuga". Como anota Trotsky, "el hecho de que el socialismo no pueda fundarse sino sobre la existencia de fuerzas productivas superiores, en una palabra, la dinámica marxista de reemplazar una forma social por otra, dominada por el crecimiento de las fuerzas -- productivas, es desechada totalmente. La dialéctica revolucionaria e histórica fue reemplazada por una utopía reaccionaria, la de un socialismo que se edificaría sobre una base técnica inferior, y se desarrollaría a paso de tortuga en los límites nacionales" (L.T. "La Internacional Comunista después de Lenin, págs. 135-136).

34. Una sociedad de transición entre el capitalismo y el socialismo, limitada a "un sólo país", ve agravarse las contradicciones que caracterizan su funcionamiento. Como dice Trotsky en 1934, a propósito de la URSS: "el crecimiento actual de la economía soviética continúa siendo un proceso contradictorio. Aun consolidando el Estado obrero, los avances económicos no conducen automáticamente a la -- creación de una sociedad armoniosa. Al contrario, preparan a un nivel más alto la agudización de las contradicciones que revela una -- construcción socialista aislada" (Ibid. pág. 566).

Más precisamente, querer construir el socialismo en un solo país tiene una consecuencia inevitable:

La primera y más importante sin duda alguna es la transformación de la Internacional Comunista de instrumento de la revolución mundial en "guardafrenos" del país en el que "se está construyendo el socialismo".

La actitud de Lenin y de la Internacional Comunista en los cuatro primeros congresos era doble:

A) se afirmaba que la revolución mundial era una condición necesaria para la victoria del socialismo en Rusia; una de las condiciones de la victoria de la revolución socialista en la URSS, declaró Lenin en el X Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética es "que sea defendida en el momento oportuno por una -- revolución social en uno o varios países avanzados".

B) por esto, la tarea no es construir el socialismo sólo en la URSS, --

... el proletariado, se debe ir consolidando y de

sarrollar la alianza entre obreros y campesinos, esperando las próximas victorias de la revolución proletaria internacional, mejorando sistemáticamente el nivel de vida del proletariado, preparando los elementos nacionales de la sociedad socialista internacional del futuro.

** Utilizar esta Dictadura del proletariado reforzada como base de apoyo de la revolución mundial; en Julio de 1921, Lenin declara: "hemos hecho lo que hemos podido en todas las circunstancias para salvar el sistema soviético, pues sabemos que no trabajamos sólo para nosotros mismos, sino también para la revolución internacional" (Lenin, Obras vol. XXXII, pág. 511).

Ese mismo proletariado ruso del que Lenin decía que no podía con sus propias fuerzas "acabar victoriosamente la revolución socialista", puede sin embargo, añade, "facilitar la intervención en las batallas decisivas de su aliado principal y más fiel, el más seguro, el proletariado europeo y americano" (Lenin, Obras vol. XXIII, pág. 400).

De estas dos palancas del socialismo mundial, el refuerzo de la Dictadura del proletariado y la revolución proletaria mundial, es, como subraya Trotsky, la segunda, la más importante. "La construcción económica tiene una importancia enorme. Si la dirección se confunde, la Dictadura del proletariado se debilita; su caída daría un golpe tal a la revolución internacional, que esta última no se repondría en muchos años. Pero la decisión del proceso histórico entre el mundo del capitalismo y el mundo del socialismo depende de la segunda palanca, es decir de la revolución proletaria mundial. *La importancia gigantesca de la URSS viene de que es la base de apoyo de la revolución mundial, y no de su capacidad de construir el socialismo independientemente de la revolución mundial*" (L.T. "La Internacional Comunista después de Lenin", págs. 157-158).

Contra estas tesis van las prácticas stalinistas.

A las prácticas de la Internacional Comunista bajo la dirección de Stalin. Stalin intentó justificar algunas veces la teoría del socialismo en un sólo país afirmando que ofrecía una perspectiva a los obreros rusos y que por ello les daba ánimos. Pero Trotsky le responde: "El obrero que comprende que no puede construir el paraíso socialista como un oasis dentro del infierno del capitalismo mundial, y que el futuro de la revolución soviética (y por consecuencia el suyo) depende de la revolución internacional, cumplirá su deber con la URSS, con mucha más energía que el obrero a quien se le ha dicho que lo que existe es ya el 90% del socialismo, y tanto más cuanto que este 90% del socialismo representa un nivel de vida todavía muy bajo".

"Nuestro partido", precisa Trotsky, "ha atravesado su período heroico con un programa enteramente basado en la revolución internacional, y no sobre el socialismo en un sólo país... los miembros del partido y de las juventudes comunistas han luchado en todos los frentes y han puesto los cimientos no para construir sobre ellos el edificio del socialismo nacional, sino para servir a la revolución internacional que exige que la fortaleza soviética se sostenga, y para la fortaleza soviética, cada nueva viga tiene mucha importancia (ibid págs. 162, 163 y 164).

En el mismo sentido, cf. Lenin declaraba: "La Rusia indigente no llegará a ser socialista sino rechazando todo descorazonamiento y tor-

cional".

A partir del momento en que la dirección stalinista afirmaba que el socialismo podía ser construido sobre la base de un Estado nacional a condición de que no haya intervención militar, la tarea de los partidos de la Internacional Comunista no era luchar por la conquista del poder, sino proteger a la URSS: la Internacional Comunista quedaba reducida al papel de "guardafronteras", haciendo simplemente presión sobre la burguesía mundial para que no interviniera militarmente contra la URSS.

De hecho, la Internacional Comunista renunció a dirigir las luchas por la victoria del socialismo mundial, y se transformó en instrumento diplomático de la burocracia del Kremlin. Cuando los partidos comunistas se encontraron a la cabeza de grandes luchas, se esforzaron por obtener de los gobiernos burgueses o de corrientes políticas burguesas que su política internacional fuera corregida en un sentido favorable a los objetivos de la diplomacia "soviética". Su política estuvo siempre *subordinada a esta consideración*. Con este fin, por ejemplo, Stalin firmó en 1935 una declaración con Laval, presidente del consejo francés, donde renunciaba a la concepción del "derrotismo revolucionario", para el Partido Comunista Francés. La Internacional Comunista dejó pues de ser una dirección revolucionaria mundial para transformarse en un simple grupo de presión sobre la burguesía mundial, y para ser, en definitiva, disuelta en tanto que Internacional por Stalin durante la II Guerra Mundial.

Un estudio objetivo muestra muy claramente que la única constante de la política de los partidos stalinistas ha sido *la búsqueda del establecimiento del "statu quo" entre la URSS y el mundo capitalista*.

B las prácticas de los burócratas stalinistas sucesores de Stalin -- van en el mismo sentido. La política de "coexistencia pacífica" cuyos efectos contrarrevolucionarios están ya demostrados (ya se trate de la política de traición y de colaboración de clases de los partidos "comunistas", del sostenimiento abierto acordado por la burocracia del Kremlin a un cierto número de gobiernos burgueses, o de la insuficiencia escandalosa de la ayuda acordada a los combatientes vietnamitas) revela esta misma búsqueda perpetua del "statu quo", objetivo, por otra parte, bastante quimérico.

C en cuanto a la burocracia china, no ha tenido jamás una política revolucionaria a escala internacional. Ha condenado verbalmente la política de coexistencia pacífica del Kremlin (sin haber reconocido jamás, por cierto, que es bajo una forma diferente, la política de statu quo de Stalin). Pero no ha dejado jamás de seguir igualmente, a su manera, una política de socialismo en un sólo país, es decir una política de potencia defendiendo sus intereses "nacionales", incluso a costa de las luchas revolucionarias del mundo.

En Indonesia, en tiempos de Sukarno, esto se demostró claramente. Con respecto a Pakistán la postura no es una novedad: la dirección china había ya sostenido al régimen reaccionario del predecesor de Yahya Khan, Ayub Khan, porque le convenía que Pakistán constituyese un contrapeso de la India.

La traición que la burocracia maoísta cometió con respecto a la insurrección popular de Bangla Desh (recordemos que en su mensaje a Yahya Khan, publicado en el Pakustan Times del 13 de Abril de 1971, Chu En Lai le felicitó por haber "realizado un gran trabajo útil para preservar la unidad de Pakistán" y afirmó que "el gobierno y el pueblo de China siempre apoyarán al gobierno y al pueblo pakistaní")

cuando: 1) Bengala Oriental no era más que una nación oprimida y reducida al estado de colonia por la burguesía y los feudales de Pakistán; 2) La unidad de Pakistán era la unidad engendrada por el imperialismo británico contra los obreros y campesinos del subcontinente indio; 3) El ejército al que Mao felicitaba por preservar "la unidad", es un ejército burgués y reaccionario, formado y dirigido por el imperialismo, preparado para unirse a los ejércitos hermanos de Irán y de Afganistán al servicio del imperialismo y que ha masacrado a millares de proletarios y campesinos en Bengala Oriental.

Poco después la burocracia china se apuntó una nueva hazaña: la de afirmar su "simpatía" hacia Numeiri después de la caza de brujas dirigida contra los sindicalistas, comunistas y progresistas en Sudán. Esperamos que algún fanático maoísta levante su voz contra estas "calumnias", repitiendo así lo que hicieron gran número de intelectuales de izquierda hasta el "informe Jruchov". Estos ejemplos indican que la burocracia china está dispuesta a subordinar la revolución internacional a sus propios intereses de capa privilegiada, entorpeciendo de hecho los intereses inmediatos de defensa de la revolución china y de la República Popular China. Como ha escrito Tarik Ali, "así se manifiesta la miopía de la burocracia china. No llega a comprender que una lucha victoriosa en Bengala, no podría más que modificar la correlación de fuerzas en el país y sería una extensión de la revolución china. Cierra los ojos ante el hecho evidente de que Bengala, que históricamente se ha encontrado siempre en vanguardia del combate en el subcontinente, podría llegar a ser una base roja, lanzar así el proceso de la revolución india y destruir completamente la estrategia militar USA en la región, ayudando al mismo tiempo a la revolución indochina" (Rouge n°109, 12-4-71, pág. 7).

Además, lejos de ayudar a los militantes comunistas bengalíes, la posición china ayudaba al mantenimiento de la dirección de la Liga Awami, organización burguesa, sobre el movimiento de masas, perpetuando así, indefinidamente, la mitificación por las masas de esta dirección.

En cuanto a Ceylan, recordemos que en pleno período de represión, el gobierno chino acordó un préstamo al gobierno ceilanés, mientras que el partido "maoísta" local renunciaba a toda lucha. Ahora bien, una cosa es tener relaciones de Estado a Estado, cosa que China debe buscar para romper el cerco imperialista, y otra cosa es acordar un préstamo a un gobierno que reprime ferozmente a las masas, y someter a los partidos comunistas y el combate de sus militantes a los intereses del Estado chino y de la burocracia que lo dirige.

Que sea en definitiva en Indonesia, o en Bengala Oriental o en Ceylan, el balance es abrumador para la dirección maoísta, cuya responsabilidad histórica en ese baño de sangre ha sido ya establecida por algunos de sus antiguos partidarios más devotos en Bengala Oriental.

En fin, la burocracia maoísta, como la burocracia del Kremlin, da la espalda a los principios definidos por el segundo congreso de la Internacional Comunista en Julio de 1920 sobre las cuestiones nacional y colonial.

La dirección china, que se ve ligada a las concepciones pequeño-burguesas de los principios de Bandung (respeto mutuo de la soberanía y de la integridad territoriales, no agresión mutua, no ingerencia mutua en los asuntos internos, igualdad y ventajas recíprocas,

bían: "El nacionalismo pequeño burgués restringe el internacionalismo al reconocimiento del principio de igualdad de naciones y... conserva intacto el egoísmo nacional, mientras que el internacionalismo proletario exige: la subordinación de la lucha proletaria en un país al interés de esta lucha en el mundo entero; por parte de las naciones que han vencido a la burguesía, el consentimiento de los mayores sacrificios nacionales con vistas al derrocamiento del capitalismo internacional"; e igualmente: "la ayuda dirigida a la destrucción de la dominación extranjera en las colonias, no es en realidad una ayuda al movimiento nacionalista de la burguesía indígena, sino la apertura de un camino para el proletariado oprimido" (Tesis sobre la cuestión nacional y colonial. "Cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista", Maspero, pág. 58-60).

35. Querer construir "el socialismo en un sólo país" tiene *una segunda consecuencia*: se crea un terreno mucho más favorable al desarrollo de una burocracia parasitaria.

En efecto, a partir del momento en que la línea del socialismo en un sólo país puede, por las razones que antes se han indicado, retardar la revolución mundial, se deduce:

- A) que se retrasa el momento en que desaparecerá la penuria relativa lo que es una condición favorable al desarrollo de una burocracia
- B) que se mantiene en un grado mayor la presión de la burguesía mundial sobre el aparato del partido, condición igualmente favorable al desarrollo de la burocracia.

36. Querer construir el socialismo en un sólo país tiene, en fin, *una tercera consecuencia*: se desprecian las leyes de la economía mundial, se olvida que... "el paso del poder del zarismo y la burguesía a las del proletariado, no abole las leyes ni los procesos de la economía mundial" (L.T. "La Revolución Permanente", pag. 19).

Una de las ideas fundamentales de la teoría de la revolución permanente, que se deriva de una comprensión correcta de la realidad de los lazos económicos y políticos que ligan a los países capitalistas es que "para superar las contradicciones en las que se hundirá la Dictadura del proletariado en los países atrasados (e igualmente en un país capitalista desarrollado -J.Valier), habrá que pasar a la arena de la revolución mundial" (L.T. "La Internacional Comunista -- después de Lenin", pág. 129).

Más precisamente, la ley del desarrollo desigual y combinado, que explica que la revolución proletaria no es un acto simultáneo, y que puede comenzar en un país atrasado, explica igualmente la imposibilidad del socialismo en un sólo país, pues explica la interdependencia de las diversas economías: "del desarrollo desigual y brusco del capitalismo se deriva el carácter desigual y brusco de la revolución socialista; y de la interdependencia mutua de los diversos países, se deriva la imposibilidad, no sólo política, sino también económica, de construir el socialismo en un sólo país" (Ibid. págs. 143-144).

De hecho, tratando de justificar la teoría del socialismo en un sólo país, se hace caso omiso de la división mundial del trabajo y de la contradicción fundamental entre las fuerzas productivas y las fronteras nacionales en la época imperialista.

37. Se hace caso omiso de la división mundial del trabajo y del peligro que supone para la Dictadura del proletariado el mercado mundial capitalista. Lenin y Trotsky ya advirtieron para la URSS: a) que la conquista del poder por el proletariado no había en absoluto

to aislado a la República de los Soviets del sistema de división internacional del trabajo creado por el capitalismo;

B) que por eso, como declaraba Lenin en 1922, la URSS tendría que superar un nuevo obstáculo, "un obstáculo que organizarían al mercado ruso y el mercado mundial, al que estamos subordinados, al que estamos ligados y del que nadie puede librarse". Y también: "mientras -- nuestra República de los Soviets lleve una marcha aislada en todo el mundo capitalista, creer en nuestra completa independencia económica y en la liquidación de ciertos peligros, sería demostrar un espíritu fantasioso y utópico" (Lenin, Obras vol. XXVII, pág. 409).

Más precisamente, según lo hace notar Trotsky, "el mundo capitalista, ..., tiene para resistir, otras armas además de la intervención militar. En condiciones de mercado, la productividad del trabajo en el conjunto del sistema social se mide en razón de los precios; la economía soviética esta mas bajo la amenaza de una avalancha de mercancías capitalistas baratas que de una intervención militar... El tractor de la Ford es tan peligroso como los cañones de Creusot, con la diferencia de que éstos últimos, solo pueden ser usados de tiempo en tiempo, mientras que el primero nos presiona permanentemente" -- (L.T. "La Internacional Comunista después de Lenin", págs. 138-139).

Si bien la URSS y los otros Estados obreros burocráticos han conocido importantes éxitos económicos, esto no resta importancia al hecho de que la edificación económica de un Estado obrero aislado, por importante que sea en sí misma, permanece limitada y contradictoria. Las dificultades actuales de las economías de estos Estados, y los lazos cada vez mayores que mantienen con el mercado mundial capitalista (con todas las consecuencias que estos lazos pueden traer consigo, tanto sobre las relaciones de producción como sobre el paro, -- por ejemplo), lo atestiguan: es imposible poner entre paréntesis la división mundial del trabajo y la existencia del mercado mundial capitalista.

38. Se olvida la contradicción fundamental entre el desarrollo de -- las fuerzas productivas y la existencia de fronteras nacionales.

Las fuerzas productivas de los países capitalistas se encuentran desde hace mucho tiempo con que el marco del Estado nacional les queda pequeño. Este fenómeno ha influido tanto en las exportaciones y -- la política colonial y neocolonial, como en las dos últimas guerras mundiales. Explica, igualmente, la imposibilidad económica para una sociedad en transición hacia el socialismo, de vivir en la autarquía

Tal Estado, que se ha quedado estrecho para el capitalismo, es todavía menos capaz de servir de marco a un régimen socialista. El socialismo, en la medida en que debe llevar mas lejos y mas alto -- las fuerzas productivas, no puede dejarlas encerradas en las fronteras nacionales, cuando ya bajo el capitalismo trataban de escapar de un marco tan estrecho. Como subraya Trotsky, "proponerse construir la sociedad socialista en el interior de los límites nacionales, significa que a pesar de éxitos temporales, se frenan las fuerzas productivas... La división mundial del trabajo y el carácter supranacional de las fuerzas productivas modernas siguen conservando su importancia para la Unión Soviética, y ésta importancia se hará cada vez mayor a medida que se acentúe su crecimiento económico" (L.T. "La Revolución Permanente", págs. 3 y 8).

Notemos que la burocracia china vehiculiza ilusiones del mismo tipo, a través de la utilización de fórmulas ambiguas como "contar con las fuerzas productivas de la economía en el marco del Estado".

39. Los dos últimos puntos que hemos tratado (imposibilidad de poner entre paréntesis la división mundial del trabajo, y la contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas y la existencia de fronteras nacionales) serían todavía más importantes para los países capitalistas desarrollados, actualmente, si la revolución proletaria triunfara en ellos.

La etapa imperialista se caracteriza, según hemos visto, por una creciente interdependencia orgánica de los países capitalistas, por una exacerbación del desarrollo desigual y combinado. Este fenómeno implica que "la doctrina marxista que proclama que puede comenzar la revolución socialista sobre una base nacional, pero que no se puede construir la sociedad socialista en un marco nacional, es dos o tres veces más verdadera" (L.T. "La Internacional Comunista después de Lenin", págs. 107-108).

Hemos visto, por otra parte, que la fase actual del imperialismo se caracteriza por una interdependencia y una interpenetración de capitales acrecentada *entre países capitalistas desarrollados*, y una exacerbación de la contradicción entre fuerzas productivas y Estados nacionales. Es precisamente por esta razón por lo que un país capitalista desarrollado no tiene ninguna posibilidad de construir el socialismo en el marco de sus propias fronteras nacionales: las fuerzas productivas se ahogarían rápidamente.

Si a esto añadimos las crecientes dificultades y contradicciones conocidas por los Estados obreros burocratizados, veremos hasta qué punto está fundada la consigna de los Estados Unidos Socialistas de Europa, que implica la revolución social en países capitalistas europeos y la revolución política en los Estados obreros burocratizados.

40. Volvemos así a encontrar la idea de que el internacionalismo no es un principio abstracto, sino la expresión política del desarrollo mundial de las fuerzas productivas y del impulso mundial de la lucha de clases.

Ni la burguesía de los Estados capitalistas, ni la burocracia en el poder en los Estados obreros se hundirán solas bajo el peso de las contradicciones exacerbadas. Sólo la existencia de la Internacional revolucionaria de masas que nazca del desarrollo y transcrecimiento de la IV Internacional, poniendo en práctica la estrategia de la revolución permanente, permitirá conducir a la clase obrera mundial, tanto en los países capitalistas desarrollados como en los países coloniales y semicoloniales, así como en los Estados Obreros Burocratizados, a la victoria y a la construcción de la sociedad socialista mundial.

Jacques Valier



LCR-ETA(VI)

zas
muchy